



Número 249
Abril 2024

HERALDOS DEL FIDELIO

***Bondadosa y maternal
intercesión***



Oración de una esposa y madre a la Santísima Virgen

¡Oh, María!, Virgen purísima y sin mancha, casta esposa de San José, tiernísima madre de Jesús, perfecto modelo de las esposas y madres, llena de respeto y confianza, a ti me dirijo y, con los sentimientos de la más profunda veneración, me postro a tus pies e imploro tu socorro. Mira, ¡oh, purísima María!, mira mis necesidades y las de mi familia, atiende los deseos de mi corazón, porque es al tuyo, tan tierno y tan bueno, al que los entrego.

Espero que, por tu intercesión, obtendré de Jesús la gracia de cumplir, como debo, las obligaciones de esposa y madre. Alcánzame el santo temor de Dios, el amor al trabajo y a las buenas obras, a las cosas santas y a la oración, la dulzura, la paciencia, la sabiduría, en fin, todas las virtudes que el Apóstol recomienda a la mujer cristiana, y que hacen la felicidad y el ornamento de las familias.

Enséñame a honrar a mi marido como tú honraste a San José, y como la Iglesia honra a Jesucristo; que encuentre en mí la esposa deseada según su corazón; que la unión santa que

hemos contraído en la tierra subsista eternamente en el Cielo. Protege a mi marido, guíalo por el camino del bien y de la justicia, pues tan querida me es su felicidad como la mía.

Encomiendo también a mis pobres hijos a tu materno corazón. Sé su madre, inclina su corazón a la piedad, no permitas que se aparten del camino de la virtud, hazlos felices y que después de nuestra muerte se acuerden de su padre y de su madre y rueguen a Dios por ellos, honrando su memoria con sus virtudes. Tierna Madre, hazlos piadosos, caritativos y siempre buenos cristianos para que su vida, llena de buenas obras, sea coronada por una muerte santa.

Haz, ¡oh, María!, que un día nos reunamos en el Cielo y allí podamos contemplar tu gloria, celebrar tus beneficios, gozar de tu amor y alabar eternamente a tu amado Hijo, Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Oración que Dña. Lucilia se acostumbró
a rezar después de su boda

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXII, número 249, Abril 2024

Director Responsable:

Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:

Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:

Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:

Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

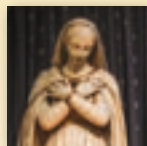
www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

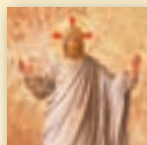
Escriben los lectores 4

Una luz viva (Editorial) 5



La voz de los Papas –
Paradigma de maternidad

6



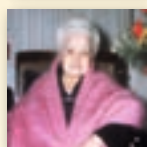
Comentario al Evangelio –
La divina delicadeza

8



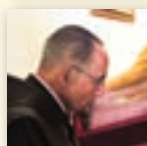
Hija, esposa y madre según
el Corazón de Jesús

14



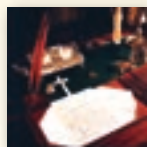
Los albores de una devoción

16



¿Culto a Dña. Lucilia? –
No sólo lícito, sino también
recomendable

20



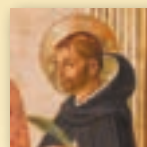
Testimonios de una
convivencia impregnada
de virtud

24



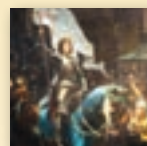
Intercesora para construir
la estructura de la vida

28



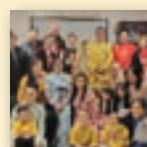
San Pedro de Verona – Torre
de integridad y de fortaleza,
paladín de la fe

32



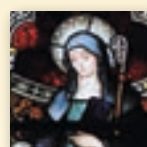
La virtud de la
magnanimidad – La
humildad de la gloria

36



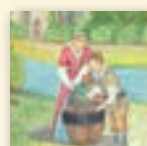
Heraldos en el mundo

40



Sucedió en la Iglesia
y en el mundo

44



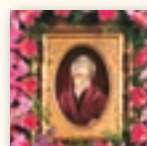
Historia para niños... –
El jardín de la
Santísima Virgen

46



Los santos de
cada día

48



El «Quadrinho» de Dña.
Lucilia – Inefable presencia

50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

«UN REGALO PARA TODOS LOS HIJOS DE LA SANTA IGLESIA»

Cada vez que leo algo sobre la vida, obra y hazañas del Dr. Plinio, no puedo más que unirlo a la esencia de la vida de Dña. Lucilia. Un ejemplo reciente se halla en el artículo «Argucia maternal y amorosa», de la edición de febrero. Ese mirar y amar del Dr. Plinio a la Santa Iglesia, me hace tener presente cuánto me impactó conocer tal celestial unión [de él con su madre]: «La miro y veo en ella a la Santa Iglesia Católica». Me llena de confianza, seguridad, fuerza y buen ánimo este latir del Dr. Plinio acerca de su querida madre. En las pruebas diarias es un refugio del ejemplo que todos debemos emanar.

Dña Lucilia es un regalo para todos los hijos de la Santa Iglesia, en especial para los Heraldos del Evangelio, para mí y mi familia. Nos lleva a un consuelo total, a una paz interior comparable a la que nos dan los santos que nos acercan al Sagrado Corazón de Jesús; nos lleva a encontrar nuevas fuerzas para seguir adelante y no perder nuestro propósito en esta vida, que es ganar el Cielo. En ella hay ternura, consuelo, alegría, a pesar de los momentos difíciles.

¡Gracias, Dña. Lucilia!

*Cándida María García Estévez
Alcalá de Henares — España*

UNA MADRE QUE NO DESOYE LAS PETICIONES DE SUS HIJOS

Lo primero que me viene a la mente sobre esta dama brasileña es su santidad. Uno piensa: «Doña Lucilia está seguramente en el Cielo».

Inmerecidamente, me ha atendido en sendas dolencias graves, una de ellas de cáncer. Como buena madre que es, no desoye las peticiones de

sus hijos; antes bien, las atiende con prontitud, para alegría de Nuestra Señora, del Corazón de Jesús y, como no, del Dr. Plinio.

*Fernando Eduardo Bravo Godoy
Lima — Perú*

DISCRETA ACCIÓN DURANTE LA DEFENSA DE UNA TESIS

Doña Lucilia ha sido para mí una figura materna desde que leí la historia de su vida. En momentos de aflicción, siempre pido su intercesión.

Una de esas ocasiones fue durante mi defensa oral de la tesis para obtener el doctorado. Fue un sufrimiento muy grande y un momento desafiante para mí, y le pedí a Dña. Lucilia que me ayudara en esa difícil situación.

El día que debía exponer mi defensa, apenas conseguí prepararme a tiempo y estaba nerviosa. Sin embargo, cuando vi a mi examinadora me tranquilicé enseguida, pues tenía un parecido sorprendente con Dña. Lucilia, su fisonomía era muy amable y vestía un sari rosáceo, de la misma tonalidad que el chal de Dña. Lucilia en su famosa fotografía.

Había oído muchas cosas sobre esta examinadora, lo cual me ponía nerviosa, pero era todo lo contrario. Mi exposición transcurrió muy bien, a pesar de la situación en la que me encontraba.

*Nadisha Coelho James
Goa — India*

UNA DAMA VERDADERAMENTE CATÓLICA

Fuerza y bondad: palabras que se complementan y reflejan el alma de una dama católica que, desde su niñez, se entregó por entero en manos de la Santísima Virgen y que durante toda su vida fue acrisolando su alma para configurarla al Sagrado Corazón de Jesús, aceptando y llevando la cruz con la alegría, la certeza y la confianza de quien cumple su llamado.

Es así como, con su vida, Dña. Lucilia nos enseña a practicar las virtudes de las que dio ejemplo en todos los ambientes.

Pidamos su ayuda para que la Santísima Virgen y el Sagrado Corazón de Jesús nos den fuerza y extirpen de nuestra vida toda liviandad y todo placer que no nos deja proyectar ese reflejo que debemos dar de Dios, y así todos juntos podamos un día, en el Reino de María, disfrutar de esta afirmación perenne de nuestra bondadosa madre, Dña. Lucilia: «Vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien».

*Sonia Peña Espitia
Bogotá — Colombia*

«IMPOSIBLE RETRIBUIR TODO LO QUE ELLA HA HECHO POR MÍ»

¿Qué decir de Dña. Lucilia? Además de haber sido una esposa diligente y una madre amorosa, es un ejemplo de sencillez, generosidad, inocencia, integridad y amor al sacrificio. Sería difícil admirar una sola virtud de esta maravillosa madre que enseñó a su *filhão*, el Dr. Plinio, el amor al Sagrado Corazón de Jesús y, de manera única, a amar a la Santa Iglesia Católica.

Después de conocer la historia de su vida, comencé a amarla y a confiarle mi mayor sueño: ser madre. Cuando le hice mi súplica, Dña. Lucilia escuchó mi petición y me obsequió con la gracia de la maternidad. Hoy, cinco años después de mi primer milagro, le rezo todos los días para que me ayude en la educación, la crianza y el crecimiento en la vida espiritual de mis y sus tres hijos. Ella siempre obtiene, junto a Nuestro Señor Jesucristo y la Virgen, las gracias necesarias para superar las pruebas.

Madrecita mía, es imposible retribuirte todo lo que has hecho por mí. Sólo en el Cielo podré agradecerte tanta atención, cariño y amor.

*María Izabel Silva da Costa Cézar
Campo Grande — Brasil*

UNA LUZ VIVA

En la Sagrada Escritura abundan los relatos edificantes de mujeres santas, como Ana, la perseverante madre de Samuel; Isabel, madre fiel de Juan el Bautista; y especialmente la Virgen María, Madre del Verbo humanado.

En los ejemplos mencionados, principalmente en Nuestra Señora, la santidad fue inseparable de la maternidad. Por su *sí* incondicional a la instancia angélica, la Madre de Dios se convirtió en la aurora de la Redención del género humano. Y en el ocaso de la cruz, de Ella emanaron gracias mariales para todos sus hijos, representados en la persona de Juan: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 27). La Madre arquetípica estuvo unida a su Hijo hasta que «vinieron las tinieblas sobre toda la tierra» (Lc 23, 44).

En ese como que «filón maternal» de la historia, la misión personal de las madres se presenta inseparable de la de sus hijos. Es notable el caso de Santa Mónica en relación con San Agustín, pero también el de Mamá Margarita, querida progenitora de San Juan Bosco, cuyo llamamiento se extendió hasta después de su fallecimiento. Una vez, por un milagro, se le reveló *post mortem* al santo sacerdote, que le preguntó: «Pero ¿no estás muerta?». Ella le respondió: «Estoy muerta, pero vivo». De hecho, las almas santas nunca mueren...

Doña Lucilia Corrêa de Oliveira también fue un ejemplo de madre, más bien, de «madre extremosa» —como ella misma se definía— desde la conturbada gestación del pequeño Plinio. Cuando un médico le instó a que abortara, rechazó de inmediato semejante disparate: «¿Ésa no es una pregunta que se le hace a una madre!».

En su misión maternal se hizo merecedora del étimo de su nombre: fue una auténtica «luz» para su hijo Plinio, sobre todo por la diligente educación religiosa que le brindó. En varias ocasiones él recordaría con nostalgia: «Mi madre me enseñó a amar al Sagrado Corazón de Jesús». Sin este ejemplo materno, no sólo quedaría obliterada la vocación del Dr. Plinio, sino también la de sus seguidores. Sin exagerar, esta revista ni siquiera existiría...

Muchos, a su vez, intentaron apagar la «luz» de Lucilia. El propio mundo decadente post revolución comunista y, más aún, después de la Segunda Guerra Mundial, contrastaba con su mentalidad tradicionalmente católica. Por su fidelidad a la Iglesia, sufrió el ostracismo incluso por parte de ciertos parientes, pero siempre se mantuvo firme, como, *mutatis mutandis*, María Santísima junto a la cruz.

En la biografía de Dña. Lucilia escrita por el fundador de los Heraldos, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, publicada por última vez por la Libreria Editrice Vaticana en 2013, se narran varios episodios notables de su trayectoria embebida de contrastes. En ella, como lo ilustran las páginas siguientes, encontramos la placidez típicamente brasileña hermanada con el celo y la dedicación, la compasión aliada al espíritu de justicia, la dulzura irradiada en medio de la penumbra de una vida abnegada.

Además, al igual que Mamá Margarita, también Dña. Lucilia «vive» incluso después de la muerte. Y hoy más que nunca. Los testimonios de gracias y favores obtenidos por su intercesión, desde los más corrientes hasta los más inverosímiles, constituyen ya una gran colección de «signos», que la Iglesia denominaría *fama signorum*.

Le corresponde a la Esposa Mística de Cristo establecer infaliblemente quién merece o no figurar con la aureola de santidad. Sin embargo, el Paráclito no pierde el tiempo: actúa siempre en «lo más íntimo de los corazones de sus fieles», como reza el *Veni Sancte Spiritus*, para indicar las «luces vivas» presentes en este mundo sumido en tinieblas. Y éstas nunca podrán prevalecer ante tanta luminosidad (cf. Jn 1, 5)... ✦



El «Quadrinho» de Dña. Lucilia

Foto: Archivo Revista



Paradigma de maternidad

En María, Eva vuelve a descubrir cuál es la verdadera dignidad de la mujer, de su humanidad femenina. Y este descubrimiento debe llegar constantemente al corazón de cada mujer, para dar forma a su propia vocación y a su vida.

El Libro del Génesis da testimonio del pecado, que es el mal del «principio» del hombre, así como de sus consecuencias que desde entonces pesan sobre todo el género humano, y al mismo tiempo contiene el primer anuncio de la victoria sobre el mal, sobre el pecado. Lo prueban las palabras que leemos en el Génesis 3, 15, llamadas generalmente Protoevangelio: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar». [...]

En estas palabras se abre la perspectiva de toda la Revelación, primero como preparación al Evangelio y después como Evangelio mismo. En esta perspectiva se unen bajo el nombre de la mujer las dos figuras femeninas: Eva y María. [...]

María, nueva Eva

De ordinario, de esta comparación emerge a primera vista una diferencia, una contraposición. Eva, como «madre de todos los vivientes» (Gén 3, 20), es testigo del «comienzo» bíblico en el que están contenidas la verdad sobre la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios, y la verdad sobre el pecado original. María es testigo del nuevo «principio» y de la «nueva criatura» (cf. 2 Cor 5, 17). Es más, ella misma, como la primera redimida en la historia de la salvación, es «una nueva criatura»; es la «llena de gracia». [...]

La confrontación Eva-María puede entenderse también en el sentido de que María asume y abraza en sí misma este misterio de la «mujer», cuyo comienzo es Eva, «la madre de todos los vivientes». En primer lugar lo asume y lo abraza en el interior del misterio de Cristo, «nuevo y último Adán» (cf. 1 Cor 15, 45), el cual ha asumido en la propia persona la naturaleza del primer Adán. [...]

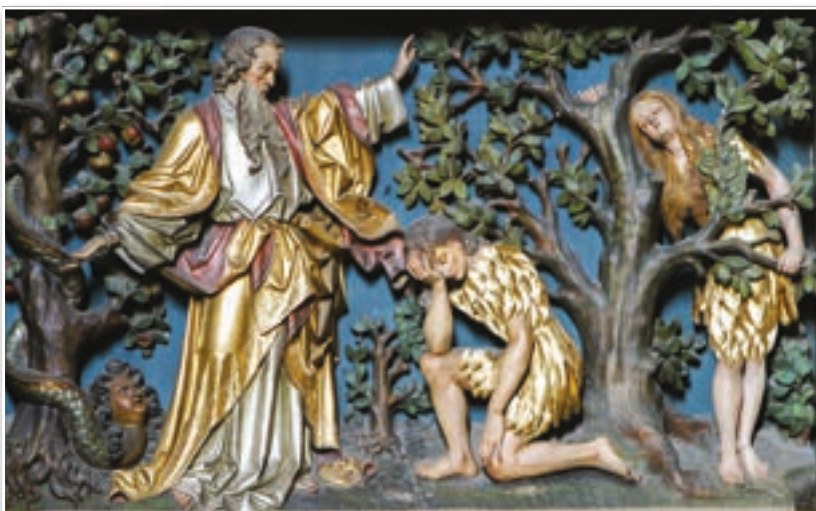
A través de todas las generaciones, en la tradición de la fe y de la reflexión cristiana, la correlación Adán-Cristo frecuentemente acompaña a la de Eva-María. Dado que

a María se la llama también «nueva Eva», ¿cuál puede ser el significado de esta analogía?

Retorno al plan original de Dios

Ciertamente es múltiple. Conviene detenernos particularmente en el significado que ve en María la manifestación de todo lo que está comprendido en la palabra bíblica «mujer», esto es, una revelación correlativa al misterio de la Redención.

María significa, en cierto sentido, superar aquel límite del que habla el Libro del Génesis y volver a recorrer el camino hacia aquel «principio»



Sergio Holmann

Eva es testigo del «comienzo» bíblico en el que están contenidas las verdades sobre la creación del hombre a imagen de Dios y sobre el pecado original. María, como la primera redimida, es testigo del nuevo «principio» y de la «nueva criatura»

Expulsión de Adán y Eva del paraíso - Catedral de Estrasburgo (Francia)

donde se encuentra la «mujer» como fue querida en la creación y, consiguientemente, en el eterno designio de Dios, en el seno de la Santísima Trinidad. [...]

En María, Eva vuelve a descubrir cuál es la verdadera dignidad de la mujer, de su humanidad femenina. Y este descubrimiento debe llegar constantemente al corazón de cada mujer, para dar forma a su propia vocación y a su vida. [...]

Llamamiento de la mujer a la maternidad

En la maternidad de la mujer, unida a la paternidad del hombre, se refleja el eterno misterio del engendrar que existe en Dios mismo, uno y trino (cf. Ef 3, 14-15). El humano engendrar es común al hombre y a la mujer. Y si la mujer, guiada por el amor hacia su marido, dice: «te he dado un hijo», sus palabras significan al mismo tiempo: «éste es nuestro hijo». Sin embargo, aunque los dos sean padres de su niño, la maternidad de la mujer constituye una «parte» especial de este ser padres en común, así como la parte más cualificada.

Aunque el hecho de ser padres pertenece a los dos, es una realidad más profunda en la mujer, especialmente en el período prenatal. La mujer es «la que paga» directamente por este común engendrar, que absorbe literalmente las energías de su cuerpo y de su alma. Por consiguiente, es necesario que el hombre sea plenamente consciente de que en este ser padres en común, él contrae una deuda especial con la mujer. Ningún programa de «igualdad de derechos» del hombre y de la mujer es válido si no se tiene en cuenta esto de un modo totalmente esencial.

Decisiva contribución materna en la personalidad humana

La maternidad conlleva una comunión especial con el misterio de la vida que madura en el seno de la mujer. La



Francisco Lecaros

El paradigma bíblico de la «mujer» culmina en la maternidad divina: en el «fiat» materno, Dios inicia en ella, una Nueva Alianza con la humanidad

Virgen de Montmartre - Iglesia de San Pedro de Montmartre, París

madre admira este misterio y con intuición singular «comprende» lo que lleva en su interior. A la luz del «principio» la madre acepta y ama al hijo que lleva en su seno como una persona. Este modo único de contacto con el nuevo hombre que se está formando crea a su vez una actitud hacia el hombre —no sólo hacia el propio hijo, sino hacia el hombre en general—, que caracteriza profundamente toda la personalidad de la mujer.

Comúnmente se piensa que la mujer es más capaz que el hombre de dirigir su atención hacia la persona concreta y que la maternidad desarrolla todavía más esta disposición. El hombre, no obstante toda su participación en el ser padre, se encuentra siempre «fuera» del proceso de gestación y nacimiento del niño y debe, en

tantos aspectos, conocer por la madre su propia «paternidad». Podríamos decir que esto forma parte del normal mecanismo humano de ser padres, incluso cuando se trata de las etapas sucesivas al nacimiento del niño, especialmente al comienzo.

La educación del hijo —entendida globalmente— debería abarcar en sí la doble aportación de los padres: la materna y la paterna. Sin embargo, la contribución materna es decisiva y básica para la nueva personalidad humana. [...]

La maternidad de María en la Nueva Alianza

El paradigma bíblico de la «mujer» culmina en la maternidad de la Madre de Dios. Las palabras del Protoevangelio: «Pondré enemistad entre ti y la mujer», encuentran aquí una nueva confirmación. He aquí que Dios inicia en ella, con su «fiat» materno —«hágase en mí»—, una Nueva Alianza con la humanidad.

Ésta es la Alianza eterna y definitiva en Cristo, en su cuerpo y sangre, en su cruz y resurrección. Precisamente porque esta Alianza debe cumplirse «en la carne y la sangre», su comienzo se encuentra en la Madre. El «Hijo del Altísimo» solamente gracias a Ella, gracias a su «fiat» virginal y materno, puede decir al Padre: «Me has formado un cuerpo. He aquí que vengo, Padre, para hacer tu voluntad» (cf. Heb 10, 5.7).

En el orden de la Alianza que Dios ha realizado con el hombre en Jesucristo ha sido introducida la maternidad de la mujer. Y cada vez, todas las veces que la maternidad de la mujer se repite en la historia humana sobre la tierra, está siempre en relación con la Alianza que Dios ha establecido con el género humano mediante la maternidad de la Madre de Dios. ✧

Fragmentos de:
SAN JUAN PABLO II.
Mulieris dignitatem, 15/8/1988.

«Cristo resucitado», de Fra Angélico -
Galería Nacional de Arte Antiguo, Roma

EVANGELIO

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús³⁵ contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.³⁶ Estaban hablando de estas cosas, cuando Él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros».³⁷ Pero ellos, atemorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu.³⁸ Y Él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? ³⁹ Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo».⁴⁰ Dicho esto, les mostró las manos y los pies.⁴¹ Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atóni-

tos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?». ⁴² Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado.⁴³ Él lo tomó y comió delante de ellos.⁴⁴ Y les dijo: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí».⁴⁵ Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras.⁴⁶ Y les dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día ⁴⁷ y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén».⁴⁸ Vosotros sois testigos de esto» (Lc 24, 35-48).

La divina delicadeza

La fuerza y la suavidad son dos cualidades que en el Señor refulgen con un brillo insuperable, en la armonía más completa. Ambas constituyen un arco gótico, cuya ojiva eleva el corazón humano a los más altos niveles.



✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – DIVINA FUENTE DE LA DELICADEZA

Al pensar en un varón perfecto, difícilmente se le atribuiría la virtud de la delicadeza. Sin embargo, disociar la fuerza del tacto y de la dulzura es un error típico de nuestra época. En efecto, la truculencia viril sin la afabilidad se transforma en brutalidad; y el candor sin vigor, en la pusilanimidad.

Nuestro Señor Jesucristo, «el más bello de los hombres» (Sal 44, 3), reúne en sí todas las cualidades. En Él se encuentran, en un equilibrio irreprochable, virtudes que, aunque parezcan opuestas, en realidad se armonizan, alcanzando la perfección moral.

Así, aquel que expulsó a los mercaderes del Templo con látigo en mano, se muestra en la liturgia de hoy capaz de una ternura y una paciencia verdaderamente divinas, frente a la tacaña mediocridad de los Apóstoles antes de Pentecostés.

II – LA BONDAD INCONDICIONAL DEL SALVADOR POR LOS SUYOS

En el Evangelio de este tercer domingo de Pascua podemos contemplar la admirable pedagogía adoptada por el divino Maestro, vencedor de la muerte y del pecado, a fin de persuadir a los Apóstoles del hecho, tan real como extraordinario, de su Resurrección.

En aquellos espíritus, muy terrenales aún, la fe en la divinidad del Señor, que habían proclamado varias veces y que San Pedro había declarado de

manera infalible y solemne en Cesarea de Filipo, no había arraigado profundamente. En las ocasiones en que les había anunciado su Pasión, Muerte y Resurrección, los Apóstoles no percibieron el sentido de las palabras, ni siquiera quisieron entenderlo, ya que ninguno se atrevió a interrogar al Redentor sobre el verdadero significado de aquella profecía que, dígame de paso, era meridianamente clara. Les anunció el Calvario, pero también la radiante mañana de Pascua.

Y si Jesús era Dios, como creían los discípulos, ¿qué dificultad tenían en concebir su victoria sobre el príncipe de las tinieblas y su imperio? ¿No había afirmado Él mismo que nadie le quitaba la vida, sino que la entregaba por su propia voluntad y que, por la misma voluntad, podría recuperarla (cf. Jn 10, 18)? Sin embargo, el amor propio mal combatido, el espíritu de hacer carrera y los intereses demasiado mundanos todavía coexistían con la fe en el corazón de los discípulos, envolviéndola como una maléfica enredadera. Por eso su mirada interior no podía dar crédito a lo que sus pupilas percibían con innegable claridad: había triunfado el León de Judá, que estaba allí para confortarlos.

El Señor, no obstante, sin sombra de exasperación, los trata con una delicadeza y una bondad casi maternas. Su actitud benigna, aterciopelada y convincente está en el origen de las buenas maneras que durante siglos constituyeron la base de la convivencia social y de la cultura en el Occi-

Aquel que expulsó a los mercaderes del Templo con látigo en mano, se muestra en la liturgia de hoy capaz de una ternura y una paciencia verdaderamente divinas

La fe en la Resurrección de Jesús y en la nuestra propia, si es vivida con coherencia, nos hará participar en cierta medida de la tranquilidad sobrenatural que el Maestro infundió a sus discípulos



Aparición de Cristo a los Apóstoles en el cenáculo - Catedral de Notre-Dame, París

dente cristiano, hoy casi sumergidas bajo la desbordante inundación del neopaganismo.

Para nosotros, discípulos y esclavos de la Verdad, imitar a Cristo es esencial. Puesto que Él es nuestro camino, para llegar al Padre necesitamos seguir sus pasos. De esta manera, busquemos siempre, en estos tristes y brutales tiempos, vivir la paciencia cristiana en sus más diversos resplandores, a fin de iluminar a nuestros contemporáneos con el fulgor del santo Evangelio. Si así obramos, en nada se perderá la combatividad, pues la educación y la compasión son una manifestación de ésta y no un signo de debilidad.

Un encendido relato

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús ³⁵ contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Bien podemos imaginar la vivacidad y el fervor con que los dos discípulos de Emaús, uno de los cuales parece ser el propio San Lucas, según la opinión casi unánime de los exegetas, narraron su experiencia con el misterioso peregrino que se les unió en el camino de regreso a su ciudad natal. Las palabras de ambos debían deslumbrar con una animación y un colorido sumamente atrayentes, impresionando a sus oyentes y contagiándolos con su júbilo.

Estaban creadas las condiciones para el siguiente paso que la sapientísima pedagogía divi-

na daría, con el objetivo de manifestar a los suyos el hecho inédito de la Resurrección, en la que aún no creían enteramente, a pesar de los diversos testimonios que salpicaban aquel radiante domingo de Pascua en el espacio cerrado del cenáculo.

La paz de la victoria

³⁶ Estaban hablando de estas cosas, cuando Él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros».

He aquí que el espera-

do de las naciones entra de manera milagrosa en el cenáculo, culminando Él mismo, con su inesperada presencia, la narración de los discípulos de Emaús.

¿Y cuáles son sus primeras palabras? «Paz a vosotros». Dicho por el propio autor de la paz, este saludo debe haber producido una calma sobrenatural de la que el hombre es incapaz sin la ayuda de un milagro. La tranquilidad de los Apóstoles en ese momento era profunda, llena de unción mística y de una luminosidad diáfana y envolvente.

¡Cómo nos gustaría experimentar esa paz! Pues bien, la fe en la Resurrección de Jesús y en la nuestra propia, si es vivida con coherencia, nos hará participar en cierta medida de la tranquilidad sobrenatural que el Maestro infundió en sus discípulos. Si no vivimos para esta tierra sino para la eternidad, esforzándonos por conquistar paso a paso el tan esperado Paraíso, entonces nuestro deleite en este mundo será poder respirar la serenidad de los santos, que nace de la lucha y de la victoria.

Corazones turbados

³⁷ Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu.

Los Apóstoles, sin embargo, tenían el corazón dividido. Si, por un lado, empezaban a creer en el hecho prodigioso e inédito de la Resurrección del Señor, por otro, el peso del materialismo se hacía sentir, impidiendo a los espíritus un vuelo estable por horizontes más elevados. Por eso la gracia de

la paz infundida por Jesús en sus almas tuvo un efecto efímero, seguido del miedo, fruto de una concepción demasiado mundana del Mesías, que nublaba las vistas sobrenaturales.

En esta época nuestra donde pululan todo tipo de creencias espurias, son legión quienes pretenden apoyarse en ellas para obtener dinero, fama, poder o placeres. No obstante, en el momento de considerar la Iglesia de Cristo y su credo, tales hombres se muestran escépticos y, con altivez, desprecian las tradiciones más respetables, juzgándolas «leyendas» para engañar a los espíritus «débiles». Lamentablemente, este estado de espíritu acaba influyendo en muchos creyentes católicos, generándoles dudas respecto a su propia fe. Es necesario vencer esa tentación y adherir con fuerza a las verdades que nos propone definitivamente el magisterio. Sólo así sabremos distinguir los verdaderos milagros de los falsos prodigios del enemigo.

Benignidad y clemencia

³⁸ Y Él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? ³⁹ Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». ⁴⁰ Dicho esto, les mostró las manos y los pies.

Tras ceder a la seducción del miedo, los Apóstoles se hacían merecedores de una dura reprensión. Demostraban que habían convivido con el personaje más excepcional de toda la historia sin haber percibido ni una ínfima parte de su grandeza, lo que ponía de manifiesto una lamentable mediocridad.

El Señor, sin embargo, lejos de hacer caer sobre ellos el látigo de la increpación, se comporta con clemente benignidad. Desciende desde la altura de su triunfo hasta la baja en la que yacían los espíritus de sus discípulos,

para elevarlos a la perspectiva de la fe auténtica. Y lo hace con afecto y delicadeza divinos.

Una lección para nosotros. Cuántas veces, en el apostolado, los formadores ceden a la tentación de la irritación o del desánimo, ante la falta de respuesta de quienes se benefician de su trabajo. La conversión de las almas requiere paciencia, suavidad y constancia, como las usadas por Jesús en este pasaje del santo Evangelio.

Sentimientos contrastantes

⁴¹ Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?». ⁴² Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. ⁴³ Él lo tomó y comió delante de ellos.

La voz del Maestro, su presencia impregnada de paz y las pruebas de la realidad de su Resurrección vuelven a reconfortar a sus discípulos, que pasan del susto a la alegría de una buena sorpresa. ¿Era así entonces como se cumplía la gran profecía de Cristo sobre su muerte y regreso definitivo y glorioso a la vida? La euforia les impedía creerlo.

En efecto, una persona cuya fe no es robusta permanece sujeta a constantes cambios. Cuando faltan la luz de la inteligencia iluminada por la fe y la fuerza de la voluntad robustecida por el amor, las pasiones humanas toman el timón del

Los Apóstoles tenían el corazón dividido: por un lado, empezaban a creer en la Resurrección del Señor, pero, por otro, se dejaban dominar por el peso del materialismo



Detalle de la «Maestà», de Duccio di Buoninsegna - Museo dell'Opera Metropolitana del Duomo, Siena (Italia)

Reproducción

*Jesús les
recuerda a
sus discípulos
que la sublime
realidad que
contemplaban
con sus ojos era
la realización
de una serie
de vaticinios
sobre su
misión, su vida
y su triunfo*

alma y la guía hacia las aguas turbulentas de los sentimientos encontrados. Ahora bien, si en el corazón reinan las virtudes teologales, se goza de una estabilidad apoyada en certezas sobrenaturales inquebrantables. Pidámosle a Jesús resucitado esa gracia, a fin de ser siervos fieles y serios.

La gloria de una profecía

⁴⁴Y les dijo: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí».

Los textos del Antiguo Testamento apuntaban al Mesías venidero. Desde Moisés hasta el último de los profetas, todos los autores sagrados habían descrito la misión y la grandeza del ungido del Señor, que vendría a rescatar al pueblo de sus pecados. Ésta era la profecía más gloriosa, pues anunciaba el mayor acontecimiento de la historia: la Encarnación del Verbo y la obra de la Redención.

Así, Jesús les recuerda a los suyos que la sublime realidad que contemplaban con sus ojos era la realización de una serie de vaticinios sobre su misión, su vida y su triunfo. ¡Todo estaba tan claro! Pero ellos aún no lo entendían...

En este punto cabe recordar el papel de la Virgen, receptáculo vivo de cada uno de los anuncios proféticos. Bajo su mirada lúcida, pura y fervorosa pasaron el Libro de Isaías, con la mención al Siervo de Yahvé, las referencias de Malaquías y Miqueas al futuro Salvador y otras muchas profecías. Por su espíritu lleno de fe y sabiduría, las guardó en su Inmaculado Corazón y los escudriñó con un discernimiento y una veneración extraordinarios, llegando a conclusiones acertadas y profundas. El Espíritu Santo, en calidad de Esposo de María, fue iluminando su mente e inflamando su amor hasta el punto de prepararla para ser la nueva Eva junto al nuevo Adán.

Así, en el lance más trágico que los siglos han conocido, Ella se asoció a su divino Hijo, sufriendo interiormente los dolores lancinantes de la Pasión y de la cruz. Para la Reina de los profetas, la Resurrección no era una sorpresa, tampoco un fenómeno amedrentador. Desde el último suspiro del Cordero Inmolado, con la espada del dolor aún atravesada en su alma, Ella siguió el nacimiento del sol de la victoria a medida que las horas iban pasando. Por lo tanto, al encontrar nuevamente a Jesús envuelto en el aura del

triunfo más esplendoroso, su espíritu estaba listo para recibirlo con júbilo, acompañado de las más nobles, afectuosas y elevadas manifestaciones de afecto de todos los tiempos.

Revistámonos, pues, de la fidelidad diamantina de María y alejemos los paños mortuorios de quien juzga los acontecimientos sin la certeza profética de la victoria.

El entendimiento divino de las Escrituras

⁴⁵Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. ⁴⁶Y les dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día ⁴⁷y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén».

El Señor les concede una nueva gracia a sus discípulos. La primera había sido la paz, mal recibida por ellos; la segunda, el del entendimiento divino de las Escrituras, sin el cual la divina Revelación, por muy elevada y respetable que sea, permanece inaccesible a los espíritus pragmáticos e intelectualistas.

El mismo Evangelio muestra claramente que la ciencia humana no es capaz de discernir la luz de la verdad que refulge en los Libros Sagrados. Los escribas y doctores de la ley conocían los textos y los comentaban, pero eran «ciegos, guías de ciegos» (Mt 15, 14), pues no veían ni entendían



Profetas del Antiguo Testamento - Casa Lumen Maris, Ubatuba (Brasil)



«Cristo glorificado en la corte celestial», por Fra Angélico - Galería Nacional, Ciudad de Westminster (Inglaterra)

nada. Y para demostrar que la clave para leer las páginas inspiradas le pertenece sólo a Dios, el Señor permitió la ignorancia de los Apóstoles, a fin de que el Padre de las luces fuera glorificado en el instante en que, por una acción sobrenatural, sus mentes se abrieran al sentido de la Palabra divina.

También hoy —en un mundo tan extraviado, donde falsos profetas osan socavar la propia Iglesia— asistimos al triste espectáculo de una exégesis sin fe. Es una de las manifestaciones del neo fariseísmo, que pretende corroer los fundamentos de la verdadera doctrina, la única de la cual se puede decir que es «viva y eficaz» (Heb 4, 12). Sin embargo, las ovejas del Señor reconocen su voz y la distinguen de la de los lobos disfrazados de pastores. Estos últimos encontrarán la reprobación del pueblo de Dios cuando, tras haberse completado el número de las persecuciones contra los buenos, llegue el día de la gran y terrible venganza anunciada en el Apocalipsis.

Testigos valientes

⁴⁸ «Vosotros sois testigos de esto».

Finalmente, Jesús anuncia de manera velada la venida del Paráclito sobre el Colegio Apostólico, presidido en el amor por María Santísima. Sí, en el cenáculo los discípulos recibirían la fuerza y el poder para anunciar a los cuatro rincones de la tierra la victoria del Crucificado sobre el demonio, el mundo y el pecado.

Supliquemos al Redentor un nuevo Pentecostés, que dé a los elegidos coraje e ímpetu para purificar la Iglesia y anunciar al mundo la necesidad de una conversión radical para escapar de la ira venidera.

III – TAMBIÉN LA IGLESIA VENCERÁ DESPUÉS DE SU PASIÓN

En estos tiempos difíciles es menester que surjan nuevos profetas llenos del fuego del Espíritu Santo, hijos dóciles y fieles de la Santa Iglesia, nuestra amada Madre, a fin de romper, por medio de su palabra, de su ejemplo y de los signos que les será dado realizar, las capas de contaminación diabólica que embotan en un pragmatismo ciego y naturalista a las multitudes esparcidas por el orbe.

Por otra parte, no debemos temer por el futuro de la Iglesia, que hoy atraviesa una crisis sin precedentes por su extensión e intensidad, similar a la Pasión de su divino Esposo. Así como Jesús retomó la vida después de haber derramado hasta la última gota de sangre en el Gólgota, su Cuerpo Místico, asociado a Él por un vínculo indestructible y perenne, verá nuevos días de gloria cuando los torrentes de iniquidad que lo azotan sean tragados por la tierra y mandados a los antros infernales.

Tengamos fe: Cristo vencedor es el verdadero guía y protector de su Iglesia y, por tanto, así como Él triunfó, ella también triunfará para mayor gloria de la Trinidad. ✧

*Cristo
vencedor es
el verdadero
guía y
protector de
su Iglesia y,
por tanto,
así como
Él triunfó,
ella también
triunfará
para mayor
gloria de la
Trinidad*

DOÑA LUCILIA CORRÊA DE OLIVEIRA

Hija, esposa y madre según el Corazón de Jesús

Bajo la discreta apariencia de una madre de familia, la vida de Dña. Lucilia fue la constante ascensión de un alma forjada en la soledad, en el dolor y en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.



✠ Hna. Michelle Viccola, EP

Lucilia Ribeiro dos Santos nació el 22 de abril de 1876 en Pirassununga, en el interior del estado brasileño de São Paulo, y fue bautizada el 29 de junio, teniendo como madrina a Nuestra Señora de la Peña.¹ Hija de Antonio Ribeiro dos Santos y de Gabriela Rodrigues dos Santos, descendía de antiguos miembros de la aristocracia paulista.

Infancia rodeada de inocencia y de fe

Su infancia estuvo especialmente marcada por la eximia educación recibida, una mezcla de los valores provenientes de Portugal y de los esplendores de la cultura francesa, que regían las familias tradicionales de São Paulo en el siglo XIX. En la formación de la pequeña Lucilia, el refinamiento y las buenas maneras se sumaban a la grandeza de horizontes y al espíritu de fe, heredados de la práctica de la religión católica en el hogar.

Pirassununga agradaba a la joven Lucilia por su calma. Desde temprana edad tenía su alma abierta a la contemplación y a la oración, a lo cual la tranquilidad del campo contribuía. La vida alejada de la agitación formó en su

espíritu un agudo sentimiento de admiración, nacido de la continua consideración y atención a los hechos cotidianos.

Con naturalidad, Lucilia involucraba a las almas y a las criaturas que la rodeaban en la visión primigenia de la inocencia —que mantendría incólume durante toda su larga vida— y las mitificaba, considerando siempre las cualidades de cada una. En la convivencia con los demás, los situaba a todos en una clave de seriedad, distinción y grandeza, inclinación muy propiciada por las ocasiones en que la familia se desplazaba a la pequeña São Paulo de entonces, para visitar a sus parientes o frecuentar reuniones de la aristocracia, ya que allí encontraba elevación de trato y buen gusto.

En 1893, Lucilia se mudó definitivamente a São Paulo, cuando tenía 17 años. La familia se instaló en un palacete del barrio de los Campos Elíseos, al estilo de los característicos esplendores de la Belle Époque.

Apreciadora de la naturaleza, la música y la poesía

Lucilia mantenía sus pensamientos en altísimas consideraciones, lo que se puede comprobar fácilmente

en las fotografías que se conservan de ella. Su fisonomía denota la profundidad de quien comprendió la sublimidad del dolor, y una constante resignación y conformidad con la voluntad de Dios.

De esa clave floreció el trato ceremonioso que mantendría incluso en los sencillos pasatiempos domésticos. Lucilia dominaba el piano y la mandolina, además de gustarle componer poesías o escribir las ya conocidas, para recitarlas en las veladas familiares.

Las caminatas, los paseos a caballo por la hacienda de su padre y la contemplación de las maravillas marítimas en los viajes de la familia a la ciudad de Santos también eran las benéficas distracciones que alegraron su juventud, alimentando su sentido sobrenatural, y las cuales recordaría más tarde con añoranza.

Formación del hogar y grandes sufrimientos

Durante las largas horas de oración en las que se ponía en presencia de Dios, Lucilia sentía aspiración a la vida religiosa. La Providencia, no obstante, la destinaba al matrimonio, según los consejos paternos. El

Dr. Antonio le sugirió un pretendiente de ilustre familia pernambucana: João Paulo Corrêa de Oliveira, diestro abogado. Asintió al deseo de su padre y el 15 de junio de 1906 tuvo lugar la ceremonia nupcial.

El estado matrimonial acrecentaría el espíritu sobrenatural de Dña. Lucilia, a medida que las dificultades, las desilusiones y las enfermedades se perfilaban en su nueva condición de esposa, ama de casa y madre. En los sufrimientos, en los reveses económicos, en las incomprendiones familiares y en el aislamiento ocasionado por no ser connivente con una sociedad que saludaba con avidez los pésimos cambios que caracterizarían al siglo xx, es donde alcanzaría el pináculo de sí misma.

Para resistir a las invitaciones del mundo, su vida de piedad se volvió fertilísima, alimentada por una particular devoción al Sagrado Corazón de Jesús, de la que sorbió el verdadero torrente de bondad que marcaría indeleblemente sus relaciones con el prójimo. Con el paso de los años, se configuró de tal manera a su «Buen Jesús», que quien se acercaba a ella tenía la impresión de estar envuelto por una unción especial, fruto, sin duda, de la gracia divina introducida en el alma de los bautizados.

Sublime espíritu materno

El matrimonio fue bendecido por la Providencia con dos hijos, Rosenda y Plinio, sobre los cuales se derramó la bondad del corazón de Dña. Lucilia. La maternidad hizo florecer uno de sus más sublimes aspectos de alma, permitiéndole llevar la dedicación, la amistad y la comprensión hasta límites inimaginables. Un ejemplo heroico de ello fue el hecho de que prefirió vehementemente la vida de su hijo Plinio a la suya propia, tras verificarse que correría un gran riesgo durante el embarazo...

Los vínculos de su afecto, acrecidos por desbordante paciencia y

firmeza de convicciones, siempre serían muy queridos por quienes se acercaran a ella. Irreprensible en ese aspecto, Dña. Lucilia también sería conocida en su familia como una católica acérrima, inflexible en materia de costumbres, eximia educadora en los principios cristianos, con los que supo educar a sus hijos y auxiliar a sus sobrinos y parientes.

Un legado dejado al cruzar el umbral de la eternidad

Doña Lucilia vivió hasta la víspera de cumplir 92 años, entregando su alma a Dios el 21 de abril de 1968. Perseverar incólume en sus principios, en medio de un mundo en profunda crisis, fue para ella un honor y una auténtica cruz, que la hizo pasar por un aislamiento casi total —sólo atenuado por la solicitud filial del Dr. Plinio— los últimos años de su existencia.

Ascender por la escalera de la perfección hasta conquistar la plena unión con el Sagrado Corazón de Jesús, sublimándose en su vocación materna mediante una constante elevación de espíritu, parece haber sido el secreto de su alma. Y desde este altísimo mirador es de donde se ve, sin superficialidad, la envergadura de su figura. Los atributos naturales de su noble alma, de índole ejemplar y afectuosa, sumados a las virtudes sobrenaturales que practicaba, hacen imperecedera su historia, especialmente para quienes ya han probado la dulzura de su protección.

De hecho, que Dña. Lucilia continúa, desde la eternidad, su eximia misión materna, es una constante afirmación de aquellos que se consideran sus hijos espirituales. Y cada uno de éstos constituye, para el mundo, su más preciado legado. ✧

¹ Este artículo está basado en la biografía de Dña. Lucilia escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP: *Doña Lucilia*. Ciudad del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013.



Fotos: Reproducción



Se sublimó a sí misma en la vocación materna, por su elevación de espíritu

Doña Lucilia con 16 años; poco antes de su boda; con su hijo, Plinio, en brazos; y con 80 años

Los albores de una devoción

De manera muy natural, como toda sana devoción en la Santa Iglesia, la fama de santidad de Dña. Lucilia empezó a difundirse, no sólo como modelo de alma católica, sino también como intercesora sorprendentemente eficaz.



✠ P. Carlos Javier Werner Benjumea, EP

En la mañana del 27 de abril de 1968 se celebraba, en la iglesia de Santa Teresinha, de São Paulo, la misa del séptimo día en sufragio del alma de Dña. Lucilia.

Su hijo, el Dr. Plinio, que asistía atentamente al santo sacrificio, llevaba en su espíritu una duda lancinante, nacida de su afecto filial y de la clara noción que poseía sobre los rigores del juicio divino: ¿acaso su madre no estaría sufriendo todavía los castigos de purgatorio?

En el momento del *Sanctus*, un inesperado episodio puso fin a sus filiales aprehensiones: la hermosa cruz de rosas rojas que coronaba el paño de luto, colocado junto a la mesa de la comunión, fue súbitamente iluminada por un fuerte rayo de luz. Incluso parecía que el foco luminoso se hubiera posado en los pétalos del ramo de orquídeas que se encontraba en el centro del mencionado arreglo.

Ahora bien, el Dr. Plinio acababa de formular una ardiente súplica a la Virgen: «Tengo conciencia de haber

sido muy buen hijo para mi madre, y alego precisamente esta condición de buen hijo para pedirnos una señal, a fin de saber si mi madre ha salido ya del purgatorio».¹ La respuesta celestial no se hizo esperar.

Durante un prolongado intervalo, la luminosidad creciente impregnó los pétalos hasta que el rayo de luz se fue desplazando lentamente hacia uno de los arcos que dan acceso a la sacristía. Muchos fieles se preguntaron acerca del origen de ese sorprendente fenómeno. Quizá un vitral roto o una ventana abierta —que nadie localizó...— permitiera la entrada del rayo de luz, pero lo que no se podía explicar era su larga permanencia en el mismo sitio.

Para la historia póstuma de Dña. Lucilia, ese hecho es muy significativo. Agradó a Dios que el primer signo celestial ocurrido en torno a su figura fuera un auténtico símbolo de su actuación terrena. ¡Cuántas personas afligidas habían encontrado ya en aquella bondadosa mujer el consuelo, la calma, la *luz* que necesitaban para

proseguir su caminata en medio de las incertidumbres de esta vida!

Ése había sido, por tanto, el primer «rayo de luz» de los muchos que, tras el fallecimiento de Dña. Lucilia, aún incidirían sobre aquellos que se encomendaban a sus maternales cuidados.

La primera promesa en grupo

En ese mismo año de 1968 un grupo de miembros de la TFP² se dirigía a la ciudad de Recife, con el fin de realizar una de las habituales campañas públicas de esa institución entre la población brasileña.

Monseñor João Scognamiglio Clá Dias, EP, por entonces laico, encabezaba las actividades. Había llegado a la capital pernambucana unos días antes con el objetivo de preparar el alojamiento para los jóvenes que participarían en la campaña. Le había sorprendido la persistencia de la lluvia, que caía sin descanso desde el primer momento de su estancia. Ahora bien, con el mal tiempo se hacía imposible actuar en las calles... Por eso, una vez llegados sus compañe-

ros, y mientras continuaba la lluvia, aprovechó la circunstancia para mantener conversaciones formativas con esos jóvenes que ayudaran a amenizar la espera.

Entre tanto, el tiempo pasaba y la lluvia seguía... Había que tomar alguna medida más incisiva.

Tras dos días enteros en aquella angustiosa situación, se esbozó en el espíritu de Mons. João una afortunada idea:

—¿Le hacemos una promesa a Dña. Lucilia para que deje de llover? ¿Están de acuerdo? —preguntó a su joven audiencia.

—¡Claro! ¡Genial! —respondieron todos, entre aplausos de entusiasmo.

Entonces le hicieron una promesa conjunta a la madre del Dr. Plinio, fallecida unos meses antes: si la lluvia paraba, irían, de regreso a la ciudad de São Paulo, a rezar un rosario en su tumba en el cementerio de la Consolación, en agradecimiento por la gracia obtenida.

Era la primera vez que se hacía una promesa colectiva a Dña. Lucilia, pidiéndole formalmente su intercesión en una situación embarazosa.

Por increíble que parezca, bastó formular la promesa ¡y el aguacero paró instantáneamente! Impresionados por la celeridad de la respuesta, todos tuvieron una certeza interior: se trataba de un favor celestial. Otras promesas se sucedieron a lo largo de los días que duraron las actividades, y siempre eran atendidas casi de inmediato, tal vez para subrayar de manera enfática y grabar en el alma de los beneficiarios la fuerza que, a partir de ese momento, tendrían las oraciones hechas a Dña. Lucilia.

De vuelta a São Paulo, el cumplimiento de la promesa fue el punto de

partida para que su tumba se convirtiera en objeto de continuas visitas por parte de aquellos jóvenes, que comenzaban a experimentar la eficacia de su maternal y poderosa intercesión.

Devoción espontánea, fruto de la admiración

En realidad, hasta 1967 poquísimos miembros del movimiento fundado por el Dr. Plinio frecuentaban su residencia, donde también vivía

años, se intensificó cada vez más debido a las visitas al fundador convaleciente. Esta relación, que se prolongó durante largos meses, les dio a todos —y en particular a Mons. João, que guardó un recuerdo imborrable de aquellos días— la oportunidad de experimentar en primera persona la inigualable gentileza y la dulzura de trato de Dña. Lucilia. Todos quedaron encantados con ella. Pero había más: una singular unción resultante de la gracia bautismal que habitaba en aquella alma dejó en ellos una huella indeleble, aunque para algunos la convivencia se limitara a un amable y protocolario intercambio de palabras.

Así fue cómo, después de su fallecimiento, surgió espontáneamente entre algunos seguidores del Dr. Plinio —y en particular, como hemos visto, Mons. João, verdadero precursor de la devoción a Dña. Lucilia—, pedir su intercesión ante Dios en diferentes circunstancias. Y se sintieron escuchados.

Los años siguientes a su muerte asistieron, por tanto, a un progresivo aumento de su fama como mediadora, sobre todo gracias a una benéfica acción de Mons. João con los demás. De hecho, la memoria de Dña. Lucilia correría grave riesgo de adentrarse en las brumas del

olvido si este fiel «apóstol» no hubiera asumido la tarea de divulgar las eminentes virtudes que adornaban su noble alma, pues el Dr. Plinio, en aras de la discreción, jamás habría tomado la delantera en tal iniciativa.

Presentaba una sorprendente solución para todo

¿Qué tipo de favores imploraron sus primeros devotos? Desde auxilio



João Clá Dias

Espontáneamente, algunos seguidores del Dr. Plinio empezaron a pedir su intercesión ante Dios en distintas circunstancias, y se sintieron atendidos

Doña Lucilia en marzo de 1968

Dña. Lucilia. Para sus demás seguidores, su madre no era más que una persona casi desconocida, con la que en ocasiones se cruzaban o, cuando su salud se lo permitía, veían asistiendo discretamente a alguna conferencia pública de su hijo.

Sin embargo, a partir de la crisis de diabetes que sufrió el Dr. Plinio ese año, el contacto de sus seguidores con Dña. Lucilia, que ya tenía 91

en las necesidades más habituales del día a día, como pequeñas complicaciones prácticas, hasta casos más intrincados; todo era entregado constantemente al cuidado de Dña. Lucilia, que siempre presentaba una sorprendente solución.

Uno de esos hechos corrientes le ocurrió al propio Mons. João. Estaba rezando en completa soledad ante la tumba, cuando empezaron a caer dispersas y grandes gotas de lluvia —conocidas en São Paulo como «cuatrocentones», en alusión a cierta moneda antigua de gran tamaño—, prelude inevitable de una tormenta tropical. Afligido, porque era el único día en el que podía tener un momento de oración junto a los restos de su intercesora, este hijo fiel rezó: «Pero precisamente hoy, que es mi día para venir aquí, ¿se va a poner a llover? ¡No es posible! ¡Doña Lucilia, arregle esto!». La respuesta fue muy peculiar, pues se podía divisar una violenta tormenta desatándose en los alrededores, sin alcanzar, no obstan-

te, el perímetro del cementerio, lo que permitió a Mons. João continuar su oración muy satisfecho.

En otra ocasión, la maternidad de Dña. Lucilia se topó con la inocente ingenuidad de un joven que al salir del colegio se dio cuenta de que se había olvidado traer dinero para pagar el autobús que debía llevarlo de vuelta a casa. Caminando preocupado por la calle, rezaba filialmente a Dña. Lucilia, mientras miraba hacia abajo: «Ah, madre mía, si me pudiera encontrar por lo menos cuatro cruceritos...». Le bastó formular la petición para que, unos pasos después, viera en el suelo la cantidad solicitada.

Episodios como éstos demuestran una meticulosidad materna en la respuesta, una disposición de resolver incluso minucias. Sin embargo, el ámbito en el cual la acción de Dña. Lucilia se volvió más significativa fue en situaciones en las que los jóvenes se encomendaban a su intercesión para superar las dificultades de la vida espiritual, en un mundo

cada vez más reacio a la santidad. Perseverancia, castidad y oración se convirtieron, para muchos, en conceptos realizables gracias a un arrimo llamado Lucilia.

Entonces comenzaron a multiplicarse las manifestaciones de respeto y gratitud hacia ella, como la costumbre de adornar con flores su tumba, en el cementerio de la Consolación, y las frecuentes visitas a este lugar para rezar y pedir su ayuda. Sin duda, la gracia de Dios estaba impulsando con singular eficacia la devoción a Dña. Lucilia.

Así pues, de una manera muy natural —o tal vez sea más apropiado decir que fue de una manera muy sobrenatural—, como toda sana devoción dentro de la Santa Iglesia, empezó a difundirse la fama de santidad³ de Dña. Lucilia, no sólo como modelo de alma católica, sino también como intercesora eficaz. No obstante, cabe insistir en que, respecto de estas siempre crecientes manifestaciones de devoción privada, es decir, de cul-



Comenzaron a multiplicarse las expresiones de respeto y agradecimiento hacia ella, como la costumbre de adornar con flores su tumba, así como frecuentes visitas para rezar allí y pedir su ayuda

A la derecha y a la izquierda, decoraciones hechas en la tumba de Dña. Lucilia - Cementerio de la Consolación, São Paulo. En el centro, el Dr. Plinio visita, junto con algunos discípulos suyos, el lugar referido; a su lado está João S. Clá Dias

to privado a Dña. Lucilia, nunca hubo por parte del Dr. Plinio, debido a su superlativa honestidad de conciencia, ninguna iniciativa de propagar su fama de santidad, aunque nada haya en la doctrina católica que le impida a un hijo hablar de las virtudes de su madre.⁴

Madre espiritual de miles de hijos

Aún en vida de Dña. Lucilia, el Dr. Plinio se preguntaba acerca de un problema de difícil solución: había sido una excelente hija, una óptima hermana, una esposa muy paciente y dedicada, pero, sobre todo, había desempeñado el papel de madre de un modo inigualable. Cualquiera que hubiera convivido con ella tendría la impresión de que su alma materna estaba a la espera de decenas de hijos. Éstos, no obstante, nunca llegaron... ni podrían haber llegado en tal cantidad. ¿Cómo permitía la Providencia que un corazón tan grande viera irreductiblemente reprimido el torrente de su afecto y de su cariño maternales?

La creciente afluencia de gente ante la tumba de Dña. Lucilia, las repercusiones de las gracias alcanzadas, la gratitud que tantos testimoniaban por los innumerables beneficios recibidos, todo ello parecía ser la respuesta adecuada a aquella cuestión «insoluble». Después de todo, no sólo sería madre de decenas, sino de miles de hijos espirituales, ya que su misión había comenzado, más que nunca, *post mortem*.

Como enseña Santo Tomás de Aquino,⁵ el bien tiende a expandir-



Leandro Souza

Dado el inmenso caudal de gracias obtenidas por intercesión de Dña. Lucilia, era imposible que esa devoción no se propagara por todas partes

Mons. João muestra el libro «Doña Lucilia» recién publicado, en abril de 2013

se. Dado el inmenso caudal de gracias obtenidas por intercesión de Dña. Lucilia, era imposible que esa devoción no se propagara por todas partes, desbordando los límites de un círculo restringido.

De hecho, su fama ha cruzado en mucho el umbral del grupo inicial de sus devotos, y se difunde con prodigiosa velocidad por los más variados ambientes de Brasil y del mundo, llevando la luz de la esperanza en las aflicciones de quienes recurren, con confianza, a esta bondadosa señora. Prueba de ello son los continuos testimonios recibidos por los Heraldos del Evangelio y publicados en esta revista,

los cuales desde hace tiempo han trascendido el ámbito del público directamente relacionado con la institución, para incluir a personas que la conocen a través de la divulgación de sus virtudes y favores realizada en medios digitales y otros canales, muchas veces con sorpresa para nosotros.

De esta manera, al igual que el aceite penetra lenta y suavemente en un tejido, así la devoción a Dña. Lucilia, espontánea, sincera y sobrenatural, va abriéndose paso entre la opinión pública, de modo a volverse accesible a todos aquellos que necesitan de amparo maternal y se animan a pedir su ayuda. ✧

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, p. 48.

² Sociedad Brasileña de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad, institución cívico-cultural, de inspiración católica, fundada por el Dr. Plinio y de

la cual Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, fue un destacado miembro.

³ Fama de santidad, en latín *fama sanctitatis*, es «la opinión extendida entre los fieles sobre la integridad de vida y de la práctica de las virtudes cristianas, ejercidas de forma

continua y más allá del modo común de actuar de los demás buenos cristianos» (cf. AMATO, SDB, Ângelo. «“Sensus fidei” e beatificazioni. Il caso Giovanni Paolo II». In: *L'Osservatore Romano*. Città del Vaticano. Año CLI. N.º 78 [4-5 abr, 2011]; p. 7).

⁴ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Carta al director del periódico «O Estado de São Paulo»*, 15/8/1979.

⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 5, a. 4, ad 2.

No sólo lícito, sino también recomendable

La fama de santidad es una misteriosa acción del Espíritu Santo, por la cual un fiel recibe la moción interior de rezar por intermedio de otro bautizado. Una vez obtenido de la Providencia el favor deseado, comparte su gozo comunicando a los demás el insospechado poder de intercesión de tal o cual persona, viva o difunta.



✠ P. Eduardo Miguel Caballero Baza, EP

En el artículo anterior, hemos visto cómo la devoción a Dña. Lucilia se ha propagado en nuestros días con sorprendente celeridad.

Este tipo de fenómeno no es de hoy, ni se trata de algo ignorado por la Iglesia. Las devociones populares que irrumpen a causa de la fama de santidad de hombres y mujeres que aún no han sido canonizados forman parte de un proceso espontáneo —claramente inspirado por el Espíritu Santo—, que a menudo termina con la ascensión de un Siervo de Dios más a la honra de los altares.

Misteriosa acción del Espíritu Santo

El cardenal Ángel Amato, SDB,¹ recuerda que, en los procesos de reconocimiento de la santidad de vida de un fiel, el *sensus fidei* —es decir, la aptitud de todo bautizado para discernir si una determinada enseñanza o práctica religiosa es conforme a la fe— da origen a la fama de santidad, o fama de martirio cuando se trata de un mártir, y a la fama de signos.²

Precisamente este culto surgido del *sensus fidei*, que también puede denominarse *culto popular*, es el que constituye la condición esencial para el reconocimiento de la heroicidad de las virtudes de un fallecido por parte de la autoridad eclesiástica competente. La veneración privada de los fieles precede necesariamente a cualquier autorización de *culto público*, ya que la Santa Iglesia no busca anónimos para canonizarlos. En su multisecular sabiduría, se limita a estudiar los casos de hombres y mujeres que ya gozan de innegable fama de

virtud. En consecuencia, es absurdo impugnar los frutos de este culto popular como heterodoxo por el hecho de que el difunto aún no se halla incluido en el catálogo de los santos...

La fama de santidad es una misteriosa acción del Espíritu Santo que se da entre los fieles. A través de ella, un bautizado recibe la moción interior de rezar por intermedio de otro y, habiendo alcanzado el favor que deseaba, comunica a los demás el poder de intercesión de esa persona, ya esté viva o muerta. A fin de ayudarse mutuamente, los devotos también distribuyen imágenes, estampas, reliquias directas e indirectas, además de oraciones privadas que circulan con libertad entre las capilaridades del pueblo cristiano. Cuando esta realidad, este culto, rebasa el ámbito privado y se vuelve conocido por muchos —es decir, se publicita sin convertirse en un culto público—, se dice que existe fama entre un determinado grupo de fieles del que tal o cual intercesor es poderoso ante Dios.

Ahora bien, los conceptos de *culto privado* y *culto público* a menudo lle-

La devoción popular, que surge a causa de la fama de santidad de alguien aún no canonizado, forma parte de un proceso inspirado por Dios

van a confusión. Para esclarecer esta cuestión, resulta útil explicar algunos principios básicos e ilustrarlos con ejemplos. Es lo que haremos a continuación.

La noción de culto

En el alma de cualquier fiel católico florece con toda naturalidad la admiración por quien está arriba y el deseo de rendirle culto, lo cual puede describirse como la manifestación de sumisión y reconocimiento de la superioridad o la excelencia del otro. Es doctrina común de la Santa Iglesia que todo bautizado posee la libertad de expresar su respeto o incluso veneración —y, por tanto, su culto, con tal de que no sea culto público ni exceda de los límites debidos a una criatura— a cualquier persona virtuosa, esté viva o muerta. Esto ha sucedido siempre a lo largo de los siglos. Lo que se admira en estos hombres y mujeres, vivos o muertos, no son cualidades que les sean absolutamente propias —«¿Tienes algo que no hayas recibido?», recuerda San Pablo (1 Cor 4, 7)—, pues en su virtud y en su santidad brilla una chispa de las perfecciones divinas y de la excelencia del Creador.³

Es decir, cuando en alguien —la persona que recibe culto— reside cierta

superioridad, en general hay otro —al que se le puede llamar *cultor*— que se alegra de reconocer tal superioridad y la manifiesta: se le rinde culto a esa persona superior precisamente por su superioridad, a la que el cultor reverencia con humildad. Es consecuencia del cuarto mandamiento del decálogo, que nos ordena honrar a todos los que, para nuestro bien, han recibido de Dios una autoridad en la sociedad.⁴ Y esta autoridad ha de entenderse en un sentido amplio, ya que cada fiel tiene una porción de autoridad propia: desde el ama de casa y el padre de familia hasta el trabajador manual, el profesor e incluso el mendigo.

Esto significa, entre otras cosas, que los bautizados tienen la obliga-

Todo bautizado tiene el deber de prestar culto privado tanto a los ángeles y los santos del Cielo, como a las personas vivas que le son superiores

ción de rendir culto privado tanto a los ángeles y a los santos del Cielo, como a todas las personas vivas que de alguna manera sean superiores a ellos, particularmente cuando se trata de una superioridad sobrenatural: un confesor dotado de especial carisma, un predicador de elocuencia sacra o una religiosa de pureza inmaculada.

Los distintos tipos de culto

El culto puede ser natural o sobrenatural. El culto natural es aquel que todos los hombres están obligados a prestar a quien en algún sentido es superior a ellos. Puede ser individual, en una relación entre dos particulares; familiar, con relación al padre y a la madre en el ámbito de la familia; o social, en el ámbito de una sociedad. El culto sobrenatural es el reconocimiento debido a Dios, y puede ser prestado tanto a Él como a las personas de la Santa Iglesia que son superiores a nosotros por vocación, misión o fidelidad a los dones recibidos, ya estén vivas o muertas.

En el culto a los que se encuentran en la visión beatífica se distinguen: la latría, prestada a Dios; la hiperdulía, a María Santísima; la protodulía, a San José; y la dulía, a los ángeles y a los santos del Cielo, canonizados o no. El culto tributado a una persona puede, finalmente, ser absoluto —cuando se venera a la propia persona— o relativo —cuando se le tributa a un objeto relacionado con la persona venerada.

En este último caso, hablamos de *reliquia*,⁵ que puede ser directa —algo que tuvo una relación vital con la persona, es decir, su cuerpo— o indirecta —un objeto tocado o usado por la persona en vida, o tocado en un reliquia directa. Entre las reliquias, la Iglesia distingue dos tipos: las sagradas, que hacen referencia a la persona de Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen, los santos o los beatos; y las no sagradas, vinculadas a las demás personas, ya sean Sier-



San Benito con sus monjes - Abadía de Monte Oliveto Maggiore, Asciano (Italia)

vos de Dios con fama de santidad, ya sean simples bautizados, vivos o fallecidos. El término *representación* se utiliza para designar los distintos tipos de imágenes de alguien, como fotografías, estatuas, pinturas y estampas.

Culto privado y culto público

Todo acto de culto sobrenatural puede practicarse de modo *público* o de modo *privado*. A menudo hay quienes confunden el culto público con el culto externo publicitado, esto es, realizado ante un público numeroso. Sin embargo, la expresión tiene un significado técnico preciso, pues la mera apariencia no constituye un verdadero acto de culto público.

Según el Código de Derecho Canónico,⁶ el culto es público cuando consiste en una *acción litúrgica*, a saber: es realizado por un ministro designado por la Iglesia, con la intención de realizar lo que la Iglesia quiere que se realice, siguiendo un ritual establecido por la Iglesia. Es privado en todos los demás casos del culto sobrenatural tributado por cualquier hombre, incluso no bautizado, en relación con Dios, sus ángeles y sus santos. Así, el culto será público tan sólo si consiste en un acto litúrgico; de lo contrario,

siempre será un acto de culto privado. Además, la falta de uno de los tres elementos antes enumerados hace que el acto de culto sea privado.

Respecto al canon 1187, relativo a la licitud del culto público, un comentarista reciente explica que «el culto privado es posible siempre que exista fundamento razonable».⁷ De hecho, son varios los cánones en los que el Código de Derecho Canónico anima a los fieles en particular y a determinadas instituciones católicas a promover el culto privado.

Ejemplificando

Ciertos actos de culto de la Iglesia Católica únicamente pueden ser realizados de modo público, como la santa

El culto sólo se considerará público si consiste en un acto litúrgico; de lo contrario, siempre será un acto de culto privado

misa, incluso si la celebra un sacerdote solo. Otros, como el santo rosario, siempre serán actos de culto privado, aun cuando sea rezado por multitudes y con la participación de sacerdotes, obispos e incluso el Papa. Algo similar ocurre con las oraciones no litúrgicas, los actos de penitencia y las obras de caridad, que en modo alguno pueden ser litúrgicos o de culto público, y constituyen un medio de santificación al alcance de todos los fieles.

La liturgia de las horas, a su vez, será un acto de culto público cuando sea rezada por personas delegadas para ello, como clérigos o consagrados que la tengan prescrita en sus constituciones: una monja carmelita, por ejemplo, podrá realizar un acto de culto público en la soledad de los claustros de su convento, dada su condición de profesa, mientras que un laico realizará un acto de culto privado rezando en soledad el oficio divino. Sin embargo, el rezo en conjunto de la liturgia de las horas, por personas no delegadas, convierte la acción de una comunidad de fieles en un acto de culto público.

Un laico que simule celebrar una misa, aunque siga fielmente el ritual establecido con la intención de realizar un sacramento, nunca practicará un acto de culto público, por no ser ministro designado. Ni siquiera será un acto de culto privado, dado el propósito de fingir y no de alabar verdaderamente a Dios. No obstante, un fiel que se halle impedido de participar en la celebración eucarística y permanece a solas en casa o en su lecho de dolor, y que lee con espíritu de piedad todas las oraciones de la misa, practica un acto de culto privado muy agradable a Dios y en manera alguna reprochable, aunque no renueva el santo sacrificio.

El culto ilícito

Sin embargo, constituye una transgresión de las leyes de la Iglesia la realización de un acto de culto públi-



Canto de vísperas en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, en Caieiras (Brasil)

co, como, por ejemplo, la santa misa, en honor de una persona fallecida, pero no canonizada, o en honor de una persona viva. Una misa de acción de gracias por los dones concedidos por Dios a esa persona no tiene nada de ilícito, del mismo modo que se celebra el aniversario de nacimiento, de ordenación sacerdotal, de matrimonio o de profesión religiosa.

En relación con las reliquias y representaciones de personas no canonizadas ni beatificadas, será considerado un acto de culto público ilícito si la reliquia o representación se exhibe en una iglesia, sobre el altar, durante la celebración de un acto litúrgico, como la santa misa o la liturgia de las horas. Pero si se trata de una «exposición» fuera del culto público, simplemente como un acto de culto privado, no hay nada reprobable en ello.

¿Y los «milagros»?

Concluimos con una delicada cuestión: ¿cómo considera la Iglesia los «milagros» obtenidos por intercesión de una persona fallecida que aún no ha sido canonizada, que está siendo objeto de culto privado por parte de los fieles?

En un sentido jurídico estricto, un hecho puede ser designado con la palabra *milagro* sólo después de una declaración oficial de la Santa Sede. De lo contrario la denominación no

es más que una mera opinión privada. Precisamente a causa de esto, la aprobación de un milagro por parte de la Santa Sede requiere un proceso canónico *ad hoc*. En consecuencia, antes de esa declaración oficial se puede hablar de *supuesto milagro*, por muy nume-

rosos o importantes que sean quienes así lo consideran a título particular: la propia persona favorecida, los médicos, los familiares, los especialistas de distintas áreas, los abogados, jueces, policías, comisarios, ministros e incluso monseñores, obispos, arzobispos y cardenales.

La apertura del proceso canónico del supuesto milagro, que debe realizarse en la diócesis donde se encuentran las pruebas y, por tanto, donde ocurrieron los hechos, presupone necesariamente la existencia de un proceso de canonización ya iniciado en relación con el Siervo de Dios a quien se le atribuye la intercesión eficaz para la obtención del don celestial.

Así pues, al referirse a un supuesto milagro, la Santa Iglesia lo considera en la misma categoría que los denominados favores o gracias obtenidos por intercesión del Siervo de Dios: sólo pueden servir como prueba para dar testimonio de la existencia y la autenticidad de la fama de santidad del referido Siervo de Dios, condición previa para el inicio de la causa de canonización.

Por lo tanto, todo acto de *culto privado* a Dña. Lucilia, como a cualquier persona que el cultor considere superior a él, son lícitos y recomendables; ya sea culto absoluto, ya sea culto relativo, y esto tanto en la veneración de una representación como de una reliquia. ✧



Mons. João besa un chal que perteneció a Dña. Lucilia

Por tanto, todos los actos de culto privado de Dña. Lucilia son lícitos y recomendados, ya sean de culto absoluto o de culto relativo

¹ Cf. AMATO, SDB, Ángel. «Sensus fidei e beatificazioni. Il caso di Giovanni Paolo II». In: *L'Osservatore Romano*. Città del Vaticano. Año CLI. N.º 78 (4-5 abr, 2011); p. 7.

² La fama de signos —en latín, *fama signorum*— es la convicción de obtener gracias y favo-

res celestiales mediante la invocación e intercesión de un Siervo de Dios que murió en olor de santidad.

³ Cf. CHOLLET, A. «Culte en général». In: VACANT, A.; MANGENOT, E. (Dir.). *Dictionnaire de Théologie Catho-*

lique. 2.ª ed. Paris: Letouzey et Ané, 1911, t. III, col. 2407.

⁴ Cf. CCE 2234.

⁵ Conviene aclarar al respecto que cualquier vínculo entre una persona y lo que utiliza, toca o se vale, así como el sitio donde se encontraba, puede dar lugar a un culto relativo

siempre que dicha relación sea real y decente (cf. CHOLLET, op. cit., col. 2409).

⁶ Cf. CIC, can. 834.

⁷ MANZANARES, Julio. Comentario al canon 1187. In: *CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO*. 4.ª ed. Madrid: BAC, 2005, p. 623.

Testimonios de una convivencia impregnada de virtud

De su entrañable, afectuosa y sobrenatural relación, que trascendió las tinieblas de un mundo en profunda crisis, Dña. Lucilia y el Dr. Plinio dejaron a la posteridad un precioso legado...



✍ Bruna Almeida Piva

«La escena más emocionante de mi vida», comentó en una ocasión el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira con sus hijos espirituales, «fue el encuentro con mi madre que ya no estaba, a quien Dios había llamado a sí. [...] Cuando entré en la habitación y vi su cuerpo ya sin vida, comprendí que aquellas manos que tanto me habían acariciado, ya no me acariciarían más; aquellos labios que tantas cosas me habían enseñado, ya no me enseñarían más... [...]»

»Nunca, nunca en mi vida había tenido una emoción igual o comparable a aquella. Para explicarles a tres o cuatro personas que estaban en su habitación por qué lloraba yo, pero lloraba a raudales, les dije que mi madre me había enseñado a amar a Nuestro Señor Jesucristo, me había enseñado a amar a Nuestra Señora, me había enseñado a amar a la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana. Estaba todo dicho. Todo lo que pudiera deberle, se lo debía. Y la forma en la que hizo excelentemente esto aumentó aún más la deuda, y mi afecto por ella no había palabras que lo expresaran debidamente».¹

Será difícil encontrar en el mundo una declaración más conmovedora

hecha por un hijo sobre su madre. Y la razón es que la unión existente entre el Dr. Plinio y Dña. Lucilia superó, por la gracia divina, los límites del mero amor humano y se elevó a un nivel profundamente sobrenatural: mucho más que por el estrecho grado de parentesco que los unía, se amaban por ser católicos y por ver, uno en el otro, auténticos reflejos de santidad y de amor a Dios.

De ésta su entrañable y virtuosa relación dejaron a la posteridad varias demostraciones, entre las cuales destaca una por su originalidad.

Al conocer la fisonomía de Dña. Lucilia por una fotografía, el añorado P. Antonio Royo Marín, OP —uno de los más grandes teólogos del siglo xx— quedó impresionado con la paz que transmitía y quiso entrar en contacto con los escritos de esta venerable dama. Le dijeron que, al ser una ama de casa, no existía más que el voluminoso intercambio de correspondencia que había mantenido con su hijo en diversas circunstancias a lo largo de su vida. Enseguida manifestó su deseo de conocerlas y, habiéndolas analizado con ojo crítico, concluyó: «En sus magníficas cartas dice con frecuencia Dña. Lucilia cosas tan sublimes y de

una espiritualidad tan elevada que al lector le embarga una emoción parecida a la que produce la lectura del inimitable epistolario de Santa Teresa de Jesús».² De ahí le brotó la convicción, sin pretender adelantarse al juicio de la Santa Iglesia, de que ella no era sólo una santa, sino una gran santa, a la altura de la reformadora abulense.

Afecto vigoroso y sobrenatural

Ardoroso líder católico desde su juventud, el Dr. Plinio llevó una vida muy activa y, para el buen éxito de su apostolado, emprendía varios viajes y participaba en programas que lo alejaban de la tranquilidad de su hogar. Esto resultaba para él y Dña. Lucilia en períodos de distanciamiento más o menos prolongados, durante los cuales, lejos de olvidarse uno del otro, aprovechaban para intercambiar conmovedoras muestras de afecto y añoranzas mediante cartas.

Entre muchos ejemplos, destaca una ocasión en la que el Dr. Plinio tuvo que viajar justo en víspera del cumpleaños de su madre, el 22 de abril. Sabiendo bien cuánto le costaría su ausencia y sintiendo un inmenso pesar por ello, le preparó una afec-

tuosa sorpresa para amenizar el dolor de la separación. Así pues, les encargó a unos parientes que compraran hermosas flores para decorar toda la casa y les dejó la siguiente carta, que debía ser entregada a Dña. Lucilia en la mañana de tan señalada fecha:

Mi querido amorcito.

Quise que, nada más se despartara, mis felicitaciones fuesen las primeras junto a las de papá. Mil besos, mil abrazos, cariño sin fin, un océano de saudades. Pocas veces he hecho un sacrificio tan grande como el de reservar un viaje la víspera de su cumpleaños, que me gustaría inmensamente pasar con usted. Pero, mi bien, fue indispensable organizar las cosas así. La ida fue anticipada: lo será implícitamente la vuelta.

Hoy, comulgaré por usted y pensaré en usted todo el día... ¡lo que por cierto haré también los demás días!

Las flores de la casa son todas compradas por mí. Mil felicitaciones, querida. Que Nuestra Señora le dé todo a usted.

Pide su bendición con un afecto y un respeto sin cuenta su corpulentísimo y vigorosísimo ex-Pimbinche.³

Plinio

Posteriormente, el padre del Dr. Plinio, el Dr. João Paulo, escribió a su hijo contándole la reacción de su esposa al recibir la misiva: «Lucilia se conmovió mucho [...] con la carta que aquí se quedó para serle entregada en aquel día: derramó el frasco tras exclamaciones de ternura y saudades y después se sumergió profundamente en oraciones».

Con no menos afecto que su hijo, Dña. Lucilia le escribió la siguiente carta, agradeciéndoselo:

¡Hijo querido de mi corazón!

De todo corazón, con toda mi alma, te agradezco la carta

tan afectuosa que me dejaste, y que tanto me reconfortó. Y además, los bonitos, «bellísimos de verdad», gladiolos blancos, rojos, amarillos y lilas que Zili me envió por la mañana. Lloré, es verdad, pero, «gracias a Dios», fue de felicidad por haber recibido yo, tan indigna, «liberal», la inmensa dádiva de los Sagrados Corazones de Jesús y de María Santísima de tener un hijo tan santo, tan bueno y cariñoso, que bendigo con todas las fuerzas de mi alma, para quien pido toda la protección divina y la luz del divino Espíritu Santo. [...]

He ido hoy a oír misa y comulgar por ti en «mi» iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, donde he encargado una misa por tu intención, y por el buen éxito de tus emprendimientos. [...]

Con muchas saudades, [...] te hago una crucecita en la frente y... la cubro de besos y bendiciones. Un largo y saudoso abrazo, Pimbinchen

querido, de tu «manguinha»⁴ afectuosa.

Lucilia

Es innegable que, además de un cariño inusual, estas misivas denotaban un vigoroso espíritu sobrenatural. Fueron escritas por dos almas profundamente católicas, cuya intención no era saciar un afecto familiar instintivo, menos aún recibir agradados o elogios para sí mismos, sino fortalecerse mutuamente en la virtud. Uno era para el otro la representación viva de la bondad del Sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen, a quienes tenían especialísima devoción.

En efecto, al explicar esta relación que tenía con su madre, el Dr. Plinio afirmaba: «He dicho muchas veces cuánto amaba a mi madre y cuánto la respetaba. La respetaba como madre, sin duda, pero ese no era el título principal. El título principal era la unión de almas entre ella y yo con vistas a Dios. Cómo ella me reflejaba la Iglesia Católica, el Sagrado Corazón de Jesús, el Inmaculado Corazón de María, en fin, todo lo que Dios había puesto en ella de afin conmigo, la amaba de una manera muy especial. Pero era más porque yo amaba a Dios que porque ella fuera mi madre según la naturaleza».⁵

En otra ocasión, acrecentó: «Veía al Sagrado Corazón de Jesús y me gustaba tanto como podía gustar, sin ninguna reserva ni restricción. [El era] la culminación de lo que yo podía concebir. Respecto a ella, yo tenía una impresión similar, de mucho menor alcance. Era como si Él viviera en ella».⁶

Apoyo mutuo en las vías de la virtud

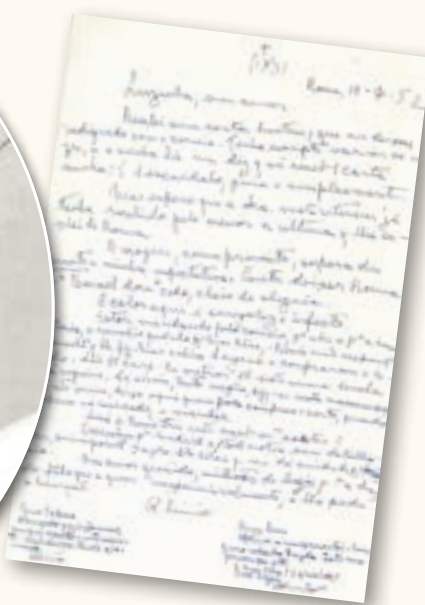
Esa unión existente entre ambos, tan acorde con la voluntad divina, era un verdadero sustento para el Dr. Plinio en



Mario Shinoda

En los períodos de distanciamiento, madre e hijo aprovechaban para intercambiar conmovedoras muestras de afecto y añoranzas mediante cartas

Escribía del despacho del Dr. Plinio, con la carta que debía ser entregada a Dña. Lucilia el 22 de abril



En el trato entre el Dr. Plinio y Dña. Lucilia se mezclaban la confianza y la vigilancia: uno se apoyaba en la virtud del otro protegiéndose mutuamente en las pruebas

El Dr. Plinio en la década de 1950; al lado, carta escrita por él a Dña. Lucilia en julio de 1952

sus duras batallas en pro de la Santa Iglesia y un inmenso —y quizá el único...— consuelo para Dña. Lucilia en medio del triste aislamiento en que la dejaban sus circunstantes, que no comprendían su virtuosa reserva en relación con las modas e innovaciones que inspiraba el espíritu ateo del siglo xx. Se podría decir que, en las tormentosas vías de la fidelidad, el único apoyo que cada uno tenía era el otro.

Al respecto, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, ardoroso discípulo del Dr. Plinio y gran admirador de Dña. Lucilia, comenta: «La Providencia quiso darle una madre que fuera un auténtico manantial, un jardín florido de virtud, de inocencia, para que tuviera ante sus ojos un modelo, un punto de análisis, de reposo, de atracción y de sustento para su propia inocencia. La Providencia le dio a ella todas las gracias que le convenían a él; y le dio a él, más tarde, todas las gracias que serían necesarias para que ella fuera más adelante de lo que ya estaba. En una especie de arco gótico, [...] en el que un arco se apoya sobre el otro, veo la relación entre los

dos. [...] A ella le había sido dada la gracia de percibir la inocencia, la rectitud, la virtud del alma de él. ¡Qué sustento sería esto para ella!».⁷

Así, en el trato entre el Dr. Plinio y Dña. Lucilia se mezclaban, magníficamente, la confianza y la vigilancia: uno se apoyaba en la virtud del otro y, al mismo tiempo, buscaba proteger al otro de los embustes y las pruebas de la vida.

En cierta circunstancia, el Dr. Plinio le contó a su madre algunas de las invitaciones que le habían hecho y que se le presentaban como ocasión peligrosa para su perseverancia. El celo maternal de Dña. Lucilia se mostró vehemente:

¡Hijo querido!

Tu carta de ayer me dejó muy aprensiva, como bien puedes imaginar; pues, aunque tenga gran confianza en tus sentimientos, y en tu fe, una tentación siempre es una tentación, y por eso es necesario que te acuerdes que todos sabemos y conocemos quién es Mefistófeles, y, por lo tanto, hay que tratar de huir y a leguas, ¡y agarrándose a un crucifijo! Y lo más interesan-

te es que para «actuar», se aprovecha de mi ausencia... ¡le gusta la sombra!

Dile⁸ que estás en una época muy especial de tu vida, de la cual puede depender tu futuro, y en la que necesitas valerte de toda tu energía para aguantar el ejercicio militar, que, dada tu aversión al ejercicio en general, y la consiguiente falta de costumbre, te producirá enorme cansancio, además de las cuatro asignaturas por preparar, y también tu trabajo, y que, por tanto, le pides que retrase esas invitaciones para más tarde, y que, entre nosotros, «¡Dios lo permita en su infinita misericordia!», que queden para las ¡¡¡«calendas griegas»!!!

Seguramente este consejo y, más que nada, la cariñosa preocupación con que fue dado —además de las abundantes oraciones maternas— obtuvieron de Dios copiosas gracias que fortalecieron al joven Plinio en el difícil momento de la tentación. Además, en las palabras de Dña. Lucilia se nota la clara noción que tenía de que su existencia era una luz en la vida de su hijo y que, en su presencia, el demonio poco o nada podía contra él.

La gran necesidad que el Dr. Plinio tenía de esa presencia materna en su vida, la mostró él mismo muchas veces y de distintas maneras, una de ellas en esta carta de junio de 1950:

Luzinha queridísima del fondo de mi corazón. [...]

Cuánto y cuánto me gustaría, mi bien, poder abrazarla y besarla largamente ahora, o al menos verla un poco, oír por lo menos el timbre de su voz diciéndome «filhão queridão». [...]

En fin, es muy cierto que tengo una verdadera locura por mi Manquinha querida, y que sus besos y cariños son para mí artículo de primera, primerísima necesidad.

No menos vehementemente, el Dr. Plinio afirmó en un encuentro con algunos de sus seguidores: «No concebía un ambiente celestial que no fuera parecido a la atmósfera que sentía junto a ella. [...] Mi madre fue un

paraíso para mí hasta el momento en que cerró los ojos».⁹

Ahora, como hijo bueno y fiel que era, el Dr. Plinio no perdía la oportunidad de hacer sentir a su progenitora el profundísimo amor que le tenía, con el fin de «poblar» la intensa soledad que la rodeaba. Se preocupaba con cada detalle de su vida diaria y le preguntaba muchas cosas, confiriéndole un tono ameno de conversación a sus palabras. La siguiente carta, escrita en otra ocasión, lo demuestra bien:

Manguinha de lo más profundo de mi corazón,

¿Cómo va usted? Estoy con inmensas saudades de usted, y deseo de regresar pronto junto a la «falda de la madre». [...] Y la vidita de Lú, ¿cómo va? ¿Juicio? ¿Horarios? ¿Duerme mucho?

Por aquí, sigo aprovechando todas las ocasiones para recuperarme de los cansancios de São Paulo. El clima es óptimo, la alimentación también, en fin, está todo a mi gusto, o por lo menos estaría si Lú estuviese a mi lado.

Envíeme siempre noticias tuyas. Quiero saberlo todo, incluso los sueños, las pesadillas, los incidentes de la calle, etc. En fin, todo lo que se relaciona con mi marquesa me interesa.

Mil besos, amor mío. Rece por mí. Del hijo que le pide la bendición, y que seguramente la quiere MUCHO MÁS a usted de lo que usted lo quiere.

Plinio.

Así, entre caricias, afectuosas exhortaciones y, sobre todo, continuas y devotas oraciones hechas en beneficio uno del otro, Dña. Lucilia y el Dr. Plinio



Fotos: Archivo Revista

Las relaciones entre madre e hijo eran un reflejo, en la tierra, de la celestial convivencia existente en la Santísima Trinidad

Doña Lucilia con su nieta, en 1929; al lado, carta escrita por ella al Dr. Plinio en 1930

nio recorrían juntos, en medio de las convulsiones morales de su tiempo, el tortuoso camino hacia el Reino de los Cielos, perpetuando su santa convivencia a través de todas las distancias, unidos en Jesús y María.

Primeros destellos de una nueva gracia

La fe nos dice que el Espíritu Santo es el amor de la Santísima Trinidad, el vínculo sagrado entre el Padre y el Hijo. En el universo entero, participativo como es de la perfección de su Creador, todas las uniones estables y verdaderas sólo existen por la acción de la gracia y las bendiciones del Santo Paráclito, haciéndose eco, cada una

a su manera, de las bellezas de la unión entre las tres divinas Personas.

Doña Lucilia y el Dr. Plinio fueron, sin duda, un ejemplo precioso de esta celestial convivencia y de docilidad a la acción del Santificador, como lo demuestra la elevación y la virtud de su relación, y de tantos otros edificantes aspectos de sus vidas. Entonces, pídamoles que, ante el Altísimo, donde confiamos que están, nos obtengan para nosotros y para el mundo entero una nueva efusión del Paráclito que purifique la faz de la tierra del fango del egoísmo y comience de veras sobre ella el reinado de Jesús y de María, en el cual finalmente Dios será todo en todos (cf. 1 Cor 15, 28). ✧

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 23/12/1993.

² ROYO MARÍN, OP, Antonio. «Prefacio». In: CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, p. 22.

³ *Pimbinche* era la manera cariñosa con la que Dña. Lucilia

se refería a su hijo en la infancia. Las cartas citadas en el presente artículo han sido tomadas de la obra escrita por Mons. João sobre ella, indicada anteriormente. Los subrayados son de los originales.

⁴ Modo en que Plinio, siendo muy pequeño, llamaba a su madre, porque aún no lograba articular bien la pala-

bra *mãezinha* (diminutivo de «mamá» en portugués).

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conversación*. São Paulo, 4/4/1988.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conversación*. São Paulo, 4/12/1985.

⁷ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Meditación sobre*

la vida oculta de Nuestro Señor Jesucristo. São Paulo, 8/9/1992.

⁸ Doña Lucilia se refiere a una persona con la que había estado el Dr. Plinio en aquellos días.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 12/7/1980.

Intercesora para construir la estructura de la vida

Doña Lucilia poseía la alegría expansiva de dar. Su gozo consistía en ver satisfecho a su beneficiario, aunque no tuviera ninguna relación con ella. Este rasgo distintivo la hacía poco comprendida, pero la convirtió, en la eternidad, en una intercesora a título muy especial.



✎ Plinio Corrêa de Oliveira

Había un aspecto del alma de Dña. Lucilia que se expresaba de la siguiente manera. Como poseía un amor maternal propenso a abarcar un número indefinido de hijos, cuando aparecía alguien aun inclinado vagamente al bien y en la edad de ser hijo o nieto suyo, esta tendencia materna hacia la persona se manifestaba de inmediato.

Ese aspecto, que unas veces alcanzaba un círculo más pequeño, otras, uno más grande, era la extrema dadivosidad de una madre.

Alegría de dar

Uno tiene la impresión de que si ella hubiera poseído todos los bie-

nes de un Rockefeller o de un zar de Rusia y le hubieran permitido usarlos, habría arruinado su fortuna por su propensión a dar, y no sólo a los necesitados. Porque no se trataba únicamente de encontrar a alguien con necesidades y socorrerlo. Eso ya lo hacía. Es otra cosa diferente: dar por la alegría de ver a esa persona recibir lo conveniente y, más aún, incluso lo superfluo, siempre que no fuera un superfluo estúpido y sin sentido.

Su gozo estaba en ver a su beneficiario alegrarse y en comprobar cómo ese beneficio era lo apropiado, lo adecuado, cómo quien lo recibía estaba bien atendido, aunque esa persona no tuviera ninguna relación con ella.

Por ejemplo, si Dña. Lucilia supiera que en Groenlandia había una mujer muy rica que se pondría muy contenta si pudiera enseñarles a sus amigas unas orquídeas de Brasil, y mi madre tuviera una forma de hacérselas llegar, sin ninguna retribución —comerciar era una posibilidad que no se le pasaba por la cabeza—, y esa señora le escribiera después una carta contándole lo mucho que se había alegrado, mi madre se quedaría contentísima, le mostraría la misiva a un grupo de personas y comentaría lo sucedido, simplemente porque aquella mujer se había alegrado con el regalo.

Por lo tanto, Dña. Lucilia también tenía la tendencia de dar lo que era suyo para beneficiar a una persona que tenía mucho más, sin pensar en lo siguiente: «Esto me lo guardo para mí, porque ella ya lo tiene». Esa idea ni siquiera se le pasaba por la cabeza. Al contrario: «Va a hacerla feliz, tenga».

Era una tendencia con tal apertura que su bondad relucía con una forma peculiar de alegría —ella no era una persona llamativa—, tan intensa y tan radiante que a mí me hacía bien —entiéndase, a cualquiera le haría bien mirar esa bondad—, porque esto me descansaba de lo que ya empapaba a mi generación, que es la alegría egoísta de recibir.

Si ella tuviera los bienes de un zar de Rusia y le dejaran usarlos, arruinaría su fortuna por su propensión a dar lo necesario e incluso lo superfluo

¿No poseía la alegría de recibir? Sí, pero mucho menos que el gozo de dar. Su alegría de recibir se hallaba más en la manifestación de afecto del que daba que en el regalo en sí. Lo cual tampoco es común hoy en día. Actualmente, quien recibe algo piensa: «Me diste esto, lo agarro; es algo de lo que ahora soy dueño».

Elogiaba a los hijos de otros parientes y no los suyos

Recuerdo, por ejemplo, cuando yo era pequeño —los niños reflexionan más sobre las cosas de lo que parece— y ella nos contaba historias a mi hermana, a mí y a mis primos.

Eran narraciones de cuentos de Alejandro Dumas, depurados naturalmente, y cosas de ese estilo. Un sobrino o una sobrina le hacía una pregunta. Si la indagación a sus ojos revelaba más inteligencia, un temperamento más interesante o, muy principalmente, buen espíritu, su alegría era tal que cabría preguntarse si sería mayor si fuera con su hijo. Su contento era tan grande que, después de contar la historia, iba al comedor —en aquellas casas antiguas, eran habitaciones enormes— y les decía a todos:

—¿Saben lo último? Fulana de tal ha dicho esto y aquello.

Todos se reían. Y era la hija de otro...

Una conjetura que ella no haría sería la siguiente: «Si tal mujer elogia a mis hijos, yo elogiaré a los suyos; si no los elogia, yo tampoco los elogiaré». Para estos cálculos mezquinos, existía en ella una incapacidad de hacerlos, no tendría ningún movimiento de alma en esa dirección, así como una buena mujer corriente —hoy no garantizo nada, pero una de hace veinte años— no cometería un infanticidio, es algo que no sucedería.

Así pues, noté que era más cauta al elogiar a sus hijos que a los de los demás. Y llevando la delicadeza de alma a este punto: «Si mis hijos tienen tales cualidades y lo digo, los

otros pueden sentirse doblegados, con envidia. Un día estas cualidades aparecerán, no necesito estar hablando de ellas».

Estructura de cada biografía

¡Qué diferente era eso del mundo, ya en aquella época! Y lo que existe hoy en día es una especie de blasfemia continua contra este estado de espíritu. Para los chicos y chicas que se ven por las calles, ni se considera. Pero en mi juventud era quizá de un egoísmo más feroz. Las personas, que estaban mucho mejor constituidas, no digo moralmente, sino psíquicamente, sufrían menos y eran bastante más víctimas de la ilusión de que es posible construir una felicidad terrena agrupando cosas alrededor de uno mismo y gozar de ellas. Y todo el estilo de vida favorecía eso.

Porque, en tal atmósfera, la apertura de alma de Dña. Lucilia era ésa. Si ella llegaría a arruinar a un zar, háganse una idea de su acción ante Dios, si el Creador no fuera infinito para resistir a la corte más despilfarradora que jamás haya existido, que es la corte celestial, donde todos viven de dar y de dar a fondo perdido.

A menudo al acto de caridad se le considera así: fulano de tal se encuentra con un mendigo en la calle, le da algo de dinero, el indigente se marcha y el acto de limosna cesa. Con ella no era así. Había una particularidad por la que Dña. Lucilia seguía la vida de las personas como si fueran cuentos, con la idea de la estructura de cada biografía y de un cierto sentido que de ahí se desprendería, no sólo los hechos —cuando éstos tenían un significado especial—, porque a veces eran hechos muy pequeños. Aquello para ella tenía un perfume propio.

Ella poseía mucho sentido de la vida. Si algo caminaba hacia una ascensión y, en cierto momento, pasaba por una prueba y subía, era muy feliz de poder contarlos. Sin embargo, si caía, le gustaba mucho llamar la aten-



Reproducción

Doña Lucilia con su bisnieto

Doña Lucilia seguía la vida de las personas como si fueran cuentos, entendiendo en profundidad la estructura de cada biografía

ción sobre los motivos de la caída, no sólo para formar a las personas, sino contemplativamente para ver el orden de las cosas y cómo Dios deseaba ese orden.

Una esposa fiel que sufrió un gran infortunio

Doña Lucilia contaba el episodio de una mujer de buena familia y muy rica, cuyo marido se metió de repente con malas compañías. Empezó a gastar dinero a raudales; la gran fascinación de aquel tiempo era la ruleta. Además, cayó en el adulterio. La esposa veía esto y se sintió muy apena-



El Dr. Plinio observando una fotografía de Dña. Lucilia, en la década de 1980

*O la vida es una
dedicación superior o
no es nada. Éste era
el rasgo distintivo
de mi madre y el
motivo por el que era
poco comprendida*

da, enojada, pero no le quedaba otra que aguantar, con la pasividad suave y sublime de las mujeres fieles de aquel tiempo.

En cierto momento, el hombre tuvo que vender la casa donde vivía para saldar sus deudas. Lo único que le quedaba era una hacienda que tenía en el interior. Así que se fue con su mujer y sus hijos al interior, con el fin de administrar la hacienda, poniéndola a rendir al máximo para pagar las deudas.

Al cabo de varios años, le dijo a su esposa:

—Ya hemos ahorrado todo lo necesario para ir a São Paulo a pagar las deudas. Con esto se plantea la posibilidad de, con más ahorros, comprar

una casa en São Paulo e instalarnos allí nuevamente.

Ella, contenta con poder pagar las deudas, le hizo la maleta a su marido. Por la tarde marchó hacia la ciudad, donde cogería el tren para São Paulo al día siguiente.

Por la mañana, cuando él ya debería haber tomado el tren, para su sorpresa su marido aparece destrozado, abatido. Angustiada, le pregunta:

—¿Por qué no fuiste a São Paulo?

—Verás... Por la noche organizaron una partida, ¡y por la mañana ya no me quedaba nada!

Al lado de la casa donde se encontraban había un camino entre una hilera de árboles. Ella salió corriendo hacia allí hablando en voz alta... Se había vuelto loca. ¡No es para menos!

Él se llevó a su familia a São Paulo, donde consiguió un trabajillo y «vegetaba» con su esposa e hijos. Sin embargo, le apareció cáncer en la lengua, de la que le cortaron un trozo, pero con el tiempo la enfermedad atacó la laringe y murió.

Esta señora se quedó con sus hijos, pero de vez en cuando tenía que ir al hospicio, donde pasaba cierto tiempo. Luego los médicos le informaban que estaba mejor y mandaban que fueran a buscarla. Permanecía un tiempo en

casa y cuando sentía que estaba empeorando, avisaba:

—Mirad, percibo que me vuelve la locura. Es mejor que me llevéis antes de que tengáis que hacerlo por la fuerza.

Era un drama.

Intercesora adecuada para construir la estructura de la vida

Doña Lucilia lo narraba participando del drama y viendo la estructura de los acontecimientos, el juego de la vida, la acción de la Providencia. Lo contaba tomándose muy en serio todo lo que había pasado, destacando cómo aquel hombre había sido malo.

Narro esto para recordar cómo mi madre tenía la idea de la estructura de las biografías. Ahora bien, quien de tal manera nota la estructura de la existencia de las personas es sensible a que alguien le pida que cuide la estructura de su propia vida. Es una acción en profundidad, destinada a ayudar al individuo a llevar el peso de su estructura.

Y con la siguiente noción: la vida o es una dedicación superior o no es nada. ¿Dedicarse a qué? He aquí el problema de la estructura. Pero la vida debe ser una dedicación superior. Éste era el rasgo distintivo de Dña. Lucilia y el motivo por el cual era poco comprendida.

A veces algunas personas me preguntan: «¿Qué tenía Dña. Lucilia de contrarrevolucionario?». Ante todo, el hecho de ser católica, pues lo era profundamente. Pero veo más Contra-Revolución en tener el alma así, que en una persona con ideas socio-políticas muy acertadas, pero con reservas de egoísmo, a partir de las cuales nada de acertado se construye. Se entiende cómo ella es una intercesora idónea para construir la estructura de la vida. Porque formar esto ya es una estructura.

El Sagrado Corazón de Jesús era para ella, muy a justo título, el modelo perfecto de eso. Más que el modelo,

era la fuente de la que manaba para los hombres la capacidad de ser así. Por lo tanto, ¿quieres ser así? Contempla al Sagrado Corazón de Jesús.

No obstante, lo repito, en ella siempre se sentía la alegría de dar, espontánea, abrumadora.

Un médico famoso tocado por la virtud de Dña. Lucilia

Cito un episodio más, ocurrido con el Dr. August Karl Bier.¹ Era un médico de fama internacional y le envió, desde Alemania, una fotografía suya ya anciano, después de la Primera Guerra Mundial.

El Dr. Bier se dedicó mucho a Dña. Lucilia y parecía tenerle cierto cariño, aun siendo protestante. Parece que se dejó tocar por su virtud, pues tenían muy buenas relaciones.

Durante la guerra, las relaciones entre Alemania y Brasil se rompieron, y mi madre decía de vez en cuando:

—¡Y mi Dr. Bier! ¿Qué habrá sido de él?

Tan pronto como fue posible restablecer las relaciones, le escribió una carta al Dr. Bier, preguntándole cómo estaban la Sra. Bier y sus hijos, y si la necesitaban para algo.

El Dr. Bier le respondió diciendo que se había quedado completamente sordo porque una bomba había explotado cerca de él, perforándole ambos tímpanos. A pesar de esta limitación, su salud estaba íntegra. Y si quería ser amable con él, que le mandara un paquetito de café, porque no tenían ese producto allí.

Ella consiguió un saco entero de café —algo grande y caro, de transporte difícil— y encontró la manera de hacérselo llegar al Dr. Bier, junto con una carta lo más amable posible.

Entonces él le escribió una misiva agradeciéndoselo y luego cesó la correspondencia. De hecho, después de un tiempo se enteró de que el Dr. Bier había fallecido.

Una princesa rusa afligida le pide consejo

Otro ejemplo, el episodio que tuvo lugar en París con una princesa rusa, hospedada en el mismo hotel en el que estábamos nosotros, con ocasión del viaje de 1912.

Se encontraba en la misma planta que mi madre, se veían con frecuencia, pero no se saludaban. En cierto



Doña Lucilia en París, en 1912

El Sagrado Corazón de Jesús era para ella el modelo perfecto de ese estado de espíritu, y la fuente de donde manaba la capacidad de dedicarse a los demás

momento, la princesa le dijo a mi madre, hablando en francés:

—Señora, discúlpeme, pero veo que usted es una persona tan buena, tan compasiva, quería que usted me ayudara.

Lo decía llorando. Ya pueden imaginar enseguida la compasión de mi madre, que le preguntó:

—Pero ¿qué le pasa?

La princesa afirmaba que un médico le había diagnosticado cáncer y estaba desesperada. Entonces mi madre le dijo:

—No perdamos la cabeza por eso. Los médicos a veces hacen diagnósticos erróneos. Debería acudir usted a tal médico que tiene una reputación extraordinaria en el diagnóstico. ¡Consulte a este médico!

La princesa lloraba mucho y mi madre la tranquilizaba, dándole consejos, animándola a que rezara. Quedó agradecidísima. Poco después, cuando llegó el momento de que Dña. Lucilia regresara a Brasil, ambas se despidieron, y mi madre le dejó su dirección. Transcurrido cierto tiempo, llegó una carta de la princesa a mi madre, en la que la noble rusa decía:

«Quería agradecerse enormemente. No se imagina usted cómo la solución para mí fue ese tal médico, el cual me hizo varias pruebas, pidió una radiografía y ésta desmintió por completo el diagnóstico del médico parisiño. Puedo dar el caso por resuelto, gracias a su excelente intervención...».

Sin duda, la comunicación de bondad de Dña. Lucilia le produjo cierto efecto de calma, y trajo consigo como una promesa de curación hecha por la Providencia.

Sin embargo, éste era un episodio que no contaba delante de nadie. Mi madre no me pidió reserva, pero me lo dijo en un momento en que estábamos conversando a solas, y no solía repetirlo. ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año XXIII.
N.º 267 (jun, 2020); pp. 6-11.

¹ Médico que operó a Dña. Lucilia en 1912, en Alemania, en una cirugía de extracción de vesícula, muy delicada en aquella época.

Torre de integridad y de fortaleza, paladín de la fe

Nadie podría imaginar que, del seno una familia cátara, nacería un nuevo David, dispuesto a asestarle un golpe mortal en la frente al gigante herético.



✠ **Hna. María Cecilia Lins Brandão Veas, EP**



Tiago Kruger

Corría el siglo XIII y la noble dama se encontraba enferma; gusanos pestilentes pululaban en su cuerpo amenazando con apoderarse de todo su cuerpo. Pero ella no podía morir. ¿Quién iría a su rescate?

Como medicina extraída del propio veneno, Dios haría surgir del seno de una familia enferma, un acertado médico para ella, la más noble y distinguida señora de todos los tiempos: la Santa Iglesia.

Un nuevo Pedro para la Iglesia

Los cátaros, también llamados albigenses, recorrían Europa con rastro saña. De origen desconocido, aparecieron a la luz del día como la herejía más peligrosa que la Iglesia conociera en tiempos medievales. Renovaban las doctrinas del maniqueísmo, cuya creencia afirmaba la existencia de dos dioses —el dios bueno, creador del espíritu; el dios malo, creador de la materia— y sustentaban un riguroso puritanismo que, para-

dójicamente, sólo podía conducir a la depravación de las costumbres. Se valían de la fuerza y de las armas para arrastrar a multitudes de almas incul-tas, o mediocres, sedientas de la vida fácil sin una lucha contra los vicios. El principal objetivo de tal herejía era, sin duda, obstaculizar la influencia, el dominio y la capacidad de expansión de la Santa Iglesia.

Muchos Papas y santos ya habían estado luchando enérgicamente para detener ese poder que crecía ora de manera ostentosa, ora a escondidas; Santo Domingo de Guzmán, con sus hijos espirituales, recorrían vastas regiones en el combate con la espada de la palabra. Se celebraban verdaderos torneos espirituales en las plazas públicas, a los que acudían una numerosa muchedumbre, compuesta en gran parte por buenos católicos habituados a la lucha y sedientos de la verdad, en aquellos tiempos de confusión.

Mientras esos valientes paladines de la Virgen combatían en defensa de la fe, nacía en Verona (Italia) un

nuevo Pedro, elegido desde el vientre materno por la gracia para replicar los ataques de las huestes del mal, sostener a la Iglesia y ser una roca de firmeza inquebrantable.

El pequeño polemista

De padres cátaros, Pedro demostró desde temprana edad una eximia pureza, candor e inocencia. Antes incluso de poseer el pleno uso de razón, parecía misteriosamente profesar ya la verdadera y única fe. Cuentan que, siendo todavía un tierno bebé, se negaba a tomar leche de las mujeres cátaras, y cuando le obligaban a hacerlo, lloraba y se resistía cuanto podía. Ya crecido, evitaba la compañía de los niños de esa perniciosa creencia, manteniéndose inmune a la herejía.

Pedro se erguía, poco a poco, como una torre de integridad, cual hermoso lirio nacido en medio del lodo de las falsas doctrinas y de la irreligión. Y Dios mismo regaría y cultivaría esa valiosa semilla, para hacerla grande ante sus ojos y los del

mundo entero. ¿Cómo? Haciendo del niño un guerrero en el combate contra el mal. Y el primer enemigo al que tuvo que enfrentarse fue la malicia de sus propios parientes.

Ante la falta de maestros cátaros que le instruyeran en las letras, su padre lo inscribió en una escuela católica de la ciudad. ¡Nada más providencial! Un día, después de la clase, el pequeño regresaba a casa cuando se cruzó con uno de sus tíos, avanzado en edad y acérrimo hereje, el cual le preguntó cómo le iban los estudios. Sin titubear, Pedro hizo su convencida profesión de fe: «¡Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra!». El tío se lo rebatió con funestos argumentos, pero el niño se mostró irreductible: «Quien no crea esta primera verdad de la fe no tendrá parte en la salvación eterna».¹ Verdaderamente no fueron ni la carne ni la sangre las que se lo habían revelado (cf. Mt 16, 17).

Ante tales palabras, el anciano tartamudeó y temió que de aquel pequeño polemista surgiera un nuevo David, dispuesto a asestarle en la frente del gigante el golpe mortal. El fisgoneo del mal a veces resulta exitoso... Su tío y otros tantos parientes comenzaron a aplicar un especial esfuerzo para seducirlo con vanas promesas o amenazas. Pero Pedro, sustentado por la gracia y la oración, se mantenía firme en su integridad.

En las pompas de Bolonia, un encuentro...

Su padre le prestaba poca atención a las amonestaciones de la familia de que mantuviera a su hijo alejado de la instrucción católica. Lo envió, entonces, con 15 años, a la famosa universidad de Bolonia, para completar sus estudios. Y he aquí que se le

presenta a Pedro un nuevo enemigo: el ambiente frívolo y mundano, propio de los círculos estudiantiles, formado por una juventud licenciada, llena de vanidades e ilusiones. El joven fue escarnecido, perseguido... Pero supo volar con las alas del espíritu y encontrar en Dios un refugio seguro; después de todo, no sólo era un diestro polemista, sino también un guerrero virgen que no transigía con el mal.

En esa difícil coyuntura en la que se encontraba el joven Pedro, Dios salió a su encuentro.

Más famosa que la universidad, era la figura de Santo Domingo de Guzmán, que vivía en Bolonia, «anciano ya, rodeado de discípulos, con la aureola de fundador y martillo de herejes».² Arrebatava multitudes, convertía pueblos, perseguía al mal. Como tantos otros, Pedro seguramente experimentaría en su corazón arrobos de entusiasmo por este hombre de fuego.



San Pedro había sido sagaz en ver y rechazar el mal en su propia familia. ¿No sería equivalente su percepción del bien y su capacidad de adhesión al encontrar al fundador?

San Pedro de Verona recibe el hábito dominico - Iglesia de San Nicolás, Valencia (España).
En la página anterior, detalle de la «Virgen de las sombras», de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Con 16 años, tomado por la gracia, se dirigió al convento dominico de la ciudad, con el fin de alistarse en aquella nueva milicia. Fue aceptado y cumplió su más ardiente deseo de recibir el hábito de la orden de manos del propio Santo Domingo. Era el año de 1221, ya hacia el final de la vida del fundador...

Bien podemos conjeturar que si grande era la acuidad de este santo veronés en percibir y rechazar el mal, equivalente debía ser su percepción del bien y, en consecuencia, su capacidad de adhesión. Así pues, ¿qué habrá visto cuando por primera vez cruzó su mirada con su fundador? A fin de cuentas, ¿no era el padre, el maestro, el sustento que buscaba? Santo Domingo, a su vez, ¿no habrá discernido en aquel joven una gloria prometedora para su nascente orden? La historia no nos lo cuenta...

Ya en los sagrados claustros dominicos, Pedro comenzó a vivir como un monje irreproachable, eximio en la regla, tan penitente como inocente, en continua oración y serios estudios. Concluido su periodo de formación escolástica, fue ordenado sacerdote y enseguida nombrado predicador contra los impíos heresiarcas. Dios se valdría de ese siervo suyo para salvar a la Iglesia, dotándolo de un don especial para confundir a los herejes. Después de todo, conocía de primera mano y en su propia piel la malicia de los cátaros. He ahí un perfecto remedio, extraído de entre el mismo veneno mortal.

Orador invicto, perseguido y victorioso

La salvación o la perdición se decidían en la predicación del santo; al oírlo, muchos se convertían y hacían penitencia. En uno de sus sermones a campo des-

cubierto, los demonios, furiosos con tantas victorias, lograron aparecerse en horribles figuras para perturbarlo y dispersar a la multitud. No obstante, con angelical sencillez, Pedro trazó la señal de la cruz en el aire y las figuras se deshicieron como por encanto.

No sólo era un orador polémico, sino que entraba en contacto directo con las almas en el confesionario, en el que se encerraba horas y horas. A un joven que le había dado una patada a su madre, le recordó el consejo del Señor: «Si tu pie te induce a pecar, córtatelo» (Mc 9, 45). Y el joven, emocionado, siguió las palabras al pie de la letra... Bastaba esto para que se montara una campaña de calumnias contra el santo. Sin embargo, al enterarse del hecho, Pedro intervino, trazó la señal de la cruz sobre la pierna mutilada y devolvió el pie a su sitio. En lugar de disminuir, su fama creció a mayor escala.

Con cada embestida del infierno, salía más fuerte. Un día, inmerso en tremendas tentaciones contra la fe, se dirigió confiadamente a la Virgen a fin de obtener su socorro. Mientras rezaba, oyó su maternal voz: «He rogado por ti, Pedro, para que tu fe no

desfallezca. Tú, no obstante, anima a tus hermanos».³ En este episodio se puede vislumbrar la excelencia de las virtudes del religioso y su excepcional vocación, pues similares fueron las palabras del Salvador al advertirle a San Pedro Apóstol de las tentaciones que le sobrevendrían (cf. Lc 22, 32).

En el premio, una prueba

Dios lo coronó con dones místicos, concediéndole hablar con los Cielos. Ahora bien, ese mismo premio singular se convertiría, en cierto momento, en ocasión de sufrimiento para él.

En uno de sus coloquios nocturnos, fueron a su encuentro las santas vírgenes Inés, Cecilia y Catalina. Los monjes malintencionados, de los que se sirvió el demonio, al oír voces femeninas en su celda corrieron a acusarlo ante el prior del convento, quien, reuniendo a la comunidad en capítulo general, reprendió a Pedro por infringir gravemente la regla. No osó defenderse y recibió la dura sentencia de ser desterrado al convento de Marca de Ancona, suspendido del permiso para confesar.

El dominico aceptó el peso de tan dura calumnia. En su penitente so-

ledad, cierto día se quejó afectuosamente al divino Crucificado, por ser injustamente objeto de infamia. Y Jesús le respondió: «Y yo, Pedro, ¿no era inocente? ¿Merecía el oprobio y el dolor con los que fui sobrecargado en el transcurso de mi Pasión? Aprende, pues, de mí a sufrir con alegría».⁴

Pedro se sintió revitalizado con tal lección y comprendió que Dios lo quería configurado a Él. Finalmente, su inocencia salió a la luz y el sumo pontífice, Gregorio IX, lo nombró inquisidor general. Su guerra contra los herejes se volvería aún más intensa.

Defensor de la Iglesia, con la fe y las armas

Pedro era implacable, atacaba vigorosamente el vicio y el error, obteniendo nuevas y estruendosas conversiones. Los líderes cátaros disputaron con él en público, pero siempre salían derrotados.

A fin de corroborar la predicación de las verdades de fe, Dios le otorgó al santo el don de hacer milagros. Enfermos eran curados y, en contrapartida, los herejes empedernidos enfermaban... Para indicar que el Dios verda-

Fotos: Francisco Lecaros



En las disputas con los cátaros, Pedro fue implacable en atacar el vicio y el error, obteniendo nuevas y ruidosas conversiones. No pasaría mucho para que tramaran su muerte y para que Inocencio IV lo proclamara protomártir de la Orden Dominica

Escenas de la vida de San Pedro de Verona: realizando el milagro de formar una nube en el cielo durante un debate público, su martirio y sus funerales - Iglesia de San Nicolás, Valencia (España)

dero era el Creador del mundo visible, una vez bendijo los cielos y he aquí que una nube refrescante se formó sobre el pueblo que asistía a un debate público.

Trabajó incansablemente para extirpar la herejía. Como su prodigiosa actividad aún no bastara para contener el ímpetu de los herejes, fundó en la ciudad de Florencia la Cofradía de los Gentiles Hombrs Armados, para que, como soldados católicos, defendieran la fe contra aquellos impíos, los cuales también pretendían dominar la tierra con armas. Muchos fueron los que se alistaron bajo tan noble bandera, y obtuvieron innumera-

bles victorias. El insigne hijo de Santo Domingo armaba caballeros, les daba facultad para obrar y preceptos. Los malos ya no podían soportarlo...

Los herejes italianos prohibieron a sus adeptos que acudieran a las predicaciones de Pedro y enseguida tramaron matarlo. Acordaron entregarle cuarenta libras milanesas a quien lo hiriera de muerte. La noticia llegó al conocimiento del santo, que no hizo nada más que entregar su vida en manos de Dios, y anunció su destino en una de sus predicaciones en Milán:

«Sé que los herejes tratan de quitarme la vida, y que tienen ya dado el dinero a los que me han de dar la muerte. [...] Mas no piensen los herejes que por ese medio se verán libres de mí: yo les aseguro desde ahora, que después de muerto he de hacerles mayor guerra a la que les tengo hecha hasta aquí».⁵

Un grito de fe en el umbral de la eternidad

Era el 6 de abril, sábado de la octava de Pascua, cuando el santo re-



Como guerrero de la Virgen, San Pedro de Verona sigue desde el Cielo los pasos de la Santa Iglesia, para cumplir la amenaza hecha a los herejes: «Después de muerto he de hacerles mayor guerra»

San Pedro de Verona (el segundo, de derecha a izquierda) en la gloria, detalle de la «Coronación de la Virgen», de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

gresava a Milán con uno de sus compañeros. En el espeso bosque, cerca de la aldea de Barlassina, dos herejes lo esperaban escondidos, como para cumplir el Salmo: «Se pone al acecho en los poblados y mata al inocente en lugares ocultos» (9, 29).

Lleno de odio, uno de los mercenarios, llamado Carín, se abalanzó sobre el religioso, asestándole dos hachazos en la cabeza. Sin ceder al pánico, San Pedro no devolvió el golpe ni alteró en modo alguno la firmeza de su fe. Alzando la voz en medio del descomedido griterío, rezó: «¡Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra!». Y cuando ya no podía articular palabra, hizo de su mano la lengua y de su dedo la pluma, escribiendo en el suelo con su propia sangre: «¡Creo en Dios Padre!». Así rubricó el santo veronés la fe que profesaba desde niño. Finalmente, su corazón fue atravesado por una puñal y entregó su alma a Dios. Así había sido su fortaleza en vida, así lo fue en la muerte.

Fueron tantos los milagros realizados por su intercesión *post mortem* que en tan sólo once meses ya fue canonizado, por Inocencio IV, como protomártir de la Orden Dominica, coronado con la triple corona de virgen, mártir y doctor.

La tierra perdió un monje, el Cielo ganó un héroe. Muriendo a este mundo, San Pedro continúa viviendo en el corazón de la Iglesia. Y no puede quedarse de brazos cruzados en la eternidad aquel que en el tiempo fue un paladín invicto, un atleta de la fe, un guerrero de la Virgen, un ángel de la

paz, un predicador de la verdad, un restaurador de la vida en los corazones. Junto a Dios, sigue los pasos de la Santa Iglesia y continuará cumpliendo su promesa: «Después de muerto he de hacerles mayor guerra». ✧

¹ SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro. «San Pedro de Verona». In: ECHEVERRÍA, Lamberto de; LLORCA, SJ, Bernardino; REPETTO BETES, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2003, t. IV, p. 114.

² Ídem, p. 115.

³ LEHMANN, SVD, João Batista. *Na luz perpétua*. 2.ª ed. Juiz de Fora: Lar Católico, 1935, t. I, pp. 339-340.

⁴ VAILLANT, A. *Vie des Saints des familles chrétiennes et des communautés religieuses*. Paris: Victor Palmé, 1865, p. 227.

⁵ BEATO DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ. *Modelo de inquisidores en la fe, y en el celo, que a su ministerio corresponde*. Écija: Benito Daza, 1786, pp. 68-69.

La humildad de la gloria

«Una cosa es elevarse hacia Dios y otra elevarse contra Él. A quien se postra ante Él, lo levanta; a quien se levanta contra Él, lo derriba».

✠ Jerome Lourdes Sequeira Vaz



Las virtudes, dice San Bernardo,¹ son los astros, y el hombre virtuoso es el firmamento. Sería agradable hacer un viaje por la vastedad de ese universo. Ante todo, nos encontraríamos con el sol fulgurante de la caridad.

Junto a él, sin duda, el sereno resplandor de la esperanza, la belleza de la fe y las des-

lumbrantes miríadas de perfecciones que, conectadas entre sí, forman constelaciones y galaxias, unas más hermosas que otras.

No obstante, si continuáramos con nuestra gira, nos topáramos con una virtud admirable, llena de luces, colores y atractivo, ornato de todas las demás, aunque lamentablemente muy olvidada en el mundo actual: la magnanimidad.

La corona de todas las virtudes

Hija de la fortaleza, «inclina a emprender obras grandes, espléndidas y dignas de honor en todo género de virtudes».² Santo Tomás de Aquino³ dedica una amplia cuestión de la *Suma Teológica* para tratar ese asunto. Según él, la magnanimidad implica «una tendencia del ánimo hacia cosas grandes»⁴ —de hecho, en su raíz latina, el término se traduce como *grandeza de alma*.

El Doctor Angélico parece tan a gusto desarrollando el tema que se da el lujo de describir al magnánimo hasta en las minucias: sus movimientos son lentos, su voz es armoniosa y acompañada, no se en-

tretiene con asuntos pequeños y de importancia secundaria, el principal criterio con el que valora las cosas es el de la honestidad, no el de la mera utilidad.⁵

Por cierto, ya que hablamos de valores, la magnanimidad y la riqueza material se relacionan de una manera muy peculiar. A diferencia de las demás virtudes, que en general no tienen ninguna relación con la fortuna, la magnanimidad encuentra en ésta una contribución para sí misma. Así pues, según Santo Tomás,⁶ a una persona que poseyera muchos bienes le resultaría más fácil practicarla.

Acciones espléndidas y heroicas

Consideradas en su conjunto, estas características le pueden chocar bastante al espíritu revolucionario hodierno... Quizá alguien diga que estamos haciendo una apología de los plutócratas, o que acabamos de enumerar los ingredientes para formar un pretencioso con aires de caviar importado, un codicioso —en lenguaje corriente, un esnob—; en definitiva, una persona antipática.

Parecería lógica dicha afirmación; muy lógica y muy equivocada. Sí, porque se fundamenta en una falsa concepción de la virtud, especialmente la de la humildad. Esta visión, de hecho, se ha apoderado por completo de



Según Santo Tomás, la magnanimidad inclina a emprender obras grandes, espléndidas y dignas de honor en todo género de virtudes

Santo Tomás refuta a los herejes, de Andrea di Bonaiuto - Iglesia de Santa María Novella, Florencia (Italia)

Gustavo Kraij

nuestra sociedad, y la consecuencia, como ya hemos dicho, es que se sabe poco de la magnanimidad. Incluso los buenos autores de espiritualidad parecen incómodos manejando esta «nitroglicerina», que puede hacer estallar una vida espiritual en cualquier momento, y le dedican poco espacio en sus tratados. Sin embargo, el gran Santo Tomás de Aquino desarrolló el tema con total soltura y naturalidad. ¿Cómo se explica?

A nuestro juicio, se trata de una cuestión de mentalidad. El Aquinate era, ante todo, hijo de su tiempo —una época sin duda más feliz que la nuestra. Mientras que para nuestros contemporáneos el santo o el profeta es el hombre rico y educado que se humilla, se despoja y se abaja hasta el pobre y analfabeto para aconsejarlo y brindarle todo tipo de auxilio filantrópico, para el medieval era algo bastante distinto: la persona virtuosa era aquella, a menudo modesta, que iba a la mansión del noble, del rey o del Papa, a fin de mostrarle el camino del Cielo.⁷ Cuando se trataba del bien al prójimo y de la gloria de Dios, no tenía derecho, so pretexto de «humildad», a dejar de hacer algo grandioso.

Desde este punto de vista, la realización de actos heroicos y prestigiosos no consiste en sí mismo un pecado, y muchas veces, dependiendo de las circunstancias, puede ser incluso extremadamente virtuoso. Los ejemplos abundan por todos lados. Empecemos por uno ocurrido, por cierto, a finales de la Edad Media.

Pastora, guerrera y heroína

Santa Juana de Arco, aun siendo de familia pobre y desconocida, se convirtió en la heroína de la guerra contra los ingleses y llevó a cabo

magníficas hazañas, provocando el terror en el bando contrario. Hubo innumerables batallas en las que, por el cálculo humano, la lucha resultaba favorable a los enemigos, pero por la fe y la intrepidez de la Doncella de Orleans, sus tropas milagrosamente obtuvieron la victoria.

Es inútil intentar describir las catarras de gloria que cayeron sobre ella, gracias a ese heroísmo. Sin embargo, en medio del apoteosis obró su mayor milagro: siguió siendo la virgen humilde, modesta y sin pretensiones de su infancia. Por un lado, Santa Juana de Arco no se dejó manchar por la soberbia, incluso siendo objeto de los honores de toda una nación; por otro, tampoco desistió de continuar realizando obras épicas.



Cuando se trata del bien al prójimo y de la gloria de Dios, no se tiene derecho, so pretexto de «humildad», a dejar de hacer algo grandioso

Entrada de Santa Juana de Arco en Orleans, de Jean-Jacques Scherrer - Museo de Bellas Artes, Orleans (Francia)

La verdadera humildad

La magnanimidad no contradice a la humildad; al contrario, encuentra en ella su fundamento. Por tanto, es imprescindible cultivar esta última para adquirir la primera: «El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor» (Mt 20, 26). Pero ¿en qué consiste esa humildad de la que tanto se habla y, aparentemente, tan poco se sabe?

Ya se han escrito tratados enteros sobre el asunto, por lo múltiple y vasto que es. No obstante, para el propósito de nuestra exposición, bastan algunas consideraciones. La humildad constituye una disposición de alma que hace que el hombre siempre tenga presente cómo es polvo y cómo al polvo ha de volver; le hace reconocer, por tanto, su insuficiencia, su nada y su contingencia —su condición de criatura, en una palabra—, llevándolo a confiar plenamente en Dios y por ello a someterse a Él. El humilde-magnánimo practica grandes actos en una total desconfianza de sí mismo, lo que resulta en un completo abandono al cuidado de la Providencia.

Ciertamente, tener altas aspiraciones confiando en las propias fuerzas es soberbia. Sin embargo, —en absoluto— no cuando alguien las alimenta apoyándose en el auxilio divino. Porque cuanto más se somete el hombre a Dios, más se yergue ante Él, como predica San Agustín: «Una cosa es elevarse hacia Dios y otra elevarse contra Él. A quien se postra ante Él, lo levanta; a quien se levanta contra Él, lo derriba».⁸

San Pablo conocía bien esta verdad. En su epístola a los cristianos de Corinto, al recordar las glorias que le hicieron merecer el título de *el Apóstol*,

afirma: «Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Cor 15, 10). Por eso proclama en otra carta: «Todo lo puedo», completando a continuación la frase que marcó la historia, «en aquel que me conforta» (Flp 4, 13).

Sólo a Dios le pertenece toda alabanza

De San Francisco de Asís —del pobre, del dulce, del humildísimo San Francisco— se cuenta que, pasando cierta vez por un pueblo, fue objeto de grandes honores y muestras de estima por parte de los lugareños. Todos besaban su hábito, sus manos y sus pies, y el santo no mostró repugnancia alguna.

Al ver su compañero la actitud del *Poverello*, pensó temerariamente que éste se alegraba con tales honores, y por eso lo reprendió. Cuál no sería su sorpresa cuando el santo le responde: «Esta gente, hermano, ninguna cosa hace en comparación de la honra que debía hacer». Viendo que el fraile no lo entendía, le dice: «Esta honra que me ves hacer, no la atribuyo yo a mí sino toda la refiero a Dios, cuya es, quedándome yo en lo profundo de mi vileza; y ellos ganan con esto, porque reconocen y honran a Dios en su criatura».⁹

Qué hermosa unión: buscar la santidad —el mayor honor que un hombre puede alcanzar—, ser considerado y glorificado como tal y, al mismo tiempo, recibir estas alabanzas sin ninguna alteración de ánimo, inquebrantable en la humildad. Qué perfección altísima, qué humildad profundísima.

Grandeza, ¿incluso en el mundo de hoy?

Pero ¿es posible ser magnánimo aun en nuestro siglo, en el que todo —por desgracia, el hombre inclusi-

ve— parece desechable y sin valor? ¿No es ésa una virtud que se extinguió en tiempos de San Francisco, Santo Tomás y Santa Juana de Arco?

Contra hechos no hay argumentos. Ilustrémoslo con un ejemplo histórico muy cercano a nosotros, y veremos que la grandeza es inmortal.

Con ocasión de las elecciones brasileñas de 1933, se constituyó en São Paulo la Liga Electoral Católica (LEC), cuyo objetivo era presentar candidatos católicos para el cargo de diputado federal. El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, como secretario general de la LEC, fue nombrado para postularse junto a otras tres destacadas personalidades de la época.

Poco después de conocer la propuesta, un serio problema de conciencia asaltó su espíritu. Tenía un apoyo nada pequeño en los círculos religiosos de su tiempo y era un líder muy admirado e influyente. Temía que hubiera sido elegido sólo porque su prestigio de congregante mariano movería a los católicos a favorecer a la liga en las elecciones venideras.

De tal modo quiso demostrar su total desinterés en el servicio de la causa de la Iglesia, que pensó seriamente renunciar a ser candidato, si discernía que ésa fuera la voluntad del arzobispo de São Paulo, que dirigía la LEC.

Humildad y grandeza se besan

Algo le decía, no obstante, que debía aceptar la candidatura para servirse del cargo de diputado federal a favor de los intereses de la Santa Iglesia. De hecho, tras consultar a un reconocido moralista, decidió seguir esa vía: «Salí tranquilo, pues tenía la prueba de encontrarme en el buen camino. Pero esta vía tenía que pasar por el despojamiento espiritual, por la actitud de quien recibe un don de la Providencia y, justo al inicio, dice: “Esto es vuestro. ¡Quitádmelo cuando queráis, y si vos me dais fuerzas seguiré adelante!”».¹⁰

El Dr. Plinio empezó a trabajar entonces persistentemente, con el objetivo de ser elegido y ayudar a la Iglesia lo máximo posible.



Francisco Lecaros

El humildísimo «Poverello» fue objeto de grandes honores y muestras de estima. Respecto a los que besaban su hábito, manos y pies, decía: «Ganan con esto, porque honran a Dios en su criatura»

San Francisco de Asís cura a un leproso - Santuario de Greccio (Italia)

Finalmente, llegó el día de las elecciones y comenzó el escrutinio. A fin de no tener ningún pretexto para enorgullecerse, hizo el propósito de no mirar los periódicos. Un día su hermana le avisó de que había sido elegido diputado federal con 24.780 votos, el doble de lo que había recibido el segundo puesto: «Con tan sólo 23 años, Plinio Correa de Oliveira era el diputado más joven y más votado de todo Brasil».¹¹

Al enterarse de esto, no se dejó arrastrar por la gloria de la que empezó a ser blanco. Decidió firmemente utilizarla para favorecer la causa católica. Reconocía que tal gracia le había sido concedida por Dios precisamente con vistas a este fin y, con total modestia, estaba dispuesto a abandonarlo todo si ésa fuera la voluntad divina. La grandeza y la gloria no eclipsaron su humildad.

Magnanimidad, es decir, santidad

A pesar de todos estos loables ejemplos, nuestro pequeño esbozo sobre la magnanimidad estaría incompleto si no se le proporcionara al lector lo principal: la práctica.

Todos estamos llamados a la grandeza de alma, pero quizá no todos nos sentimos identificados con la descripción tomista del magnánimo, reproducida en parte al principio de



¿Es posible ser magnánimo aun en nuestro siglo? Un episodio de la vida del Dr. Plinio nos da la respuesta...

El Dr. Plinio en el monasterio de San Benito, São Paulo, en agosto de 1933

este artículo. Ciertos temperamentos rehúsan tener movimientos lentos, muchas voces son incapaces por naturaleza de articularse armoniosa y acompasadamente, y la propia condición social u ocupación de una enorme variedad de personas no les permite dedicarse sólo a asuntos de gran importancia, ni disfrutar de los me-

dios económicos para realizar obras portentosas.

En cuanto a esto, no hay razón para afligirse. Antes que nada sepamos que, según Santo Tomás,¹² un rasgo característico del magnánimo es la confianza. Además, ¿en qué consisten las acciones más grandiosas? En aquellas que son dignas de mayor honra. Ahora bien, si hay alguna cosa que, por encima de todas las otras, merece alabanza, ésa es la virtud. La obra más excelente que cualquier hombre puede realizar —tan espléndida que, ante ella, cualquier hazaña épica se asemeja al polvo— se llama santidad.

Por ese motivo, el magnánimo busca ser digno de honor mediante la práctica eximia de la virtud, y esto lo aprecia más que cualquier gloria recibida de los hombres.¹³ En verdad, la grandeza le confiere decoro al organismo sobrenatural, a modo de amplificador de las virtudes.¹⁴

Modelar toda la existencia según los dictados de la eterna bienaventuranza: en esto consiste la magnanimidad. Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma (cf. Mc 8, 36)? Las exterioridades reflejarán en mayor o menor medida el interior, conforme los designios de Dios para cada uno, pero la gloria del Cielo es el verdadero fin de la virtud de la magnanimidad.¹⁵ ✦

¹ Cf. SAN BERNARDO DE CLARAVALL. «Sermones sobre el Cantar de los Cantares». Sermón 27, n.º 8. In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 1987, t. V, p. 397.

² ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. 6.ª ed. Madrid: BAC, 1988, p. 590.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 129.

⁴ Ídem, a. 1.

⁵ Cf. Ídem, a. 3, ad 3; ad 5.

⁶ Cf. Ídem, a. 8.

⁷ Cf. CHERSTERTON, Gilbert Keith. *Heretics*. Peabody (MA): Hendrickson, 2007, p. 153.

⁸ SAN AGUSTÍN DE HIPONA. «Sermón 351», n.º 1. In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 1985, t. XXVI, p. 175.

⁹ RODRÍGUEZ, SJ, Alonso. *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*. Barcelona: Librería Religiosa, 1861, t. II, p. 250.

¹⁰ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra*

de Plinio Corrêa de Oliveira. Città del Vaticano-Lima: LEV-Heraldo del Evangelio, 2016, t. II, p. 318.

¹¹ Ídem, pp. 320-323.

¹² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., a. 6.

¹³ Cf. Ídem, a. 4, ad 1.

¹⁴ Cf. Ídem, ad 3.

¹⁵ Cf. Ídem, q. 131, a. 1, ad 2.

Fotos: René García



Estados Unidos – Del 28 de enero al 2 de febrero, los Heraldos del Evangelio llevaron a cabo una misión mariana en la región de la catedral de Cristo, de Garden Grove (California). Más de ciento cincuenta hogares acogieron a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María. La misión concluyó con la consagración de la catedral a la Santísima Virgen, después de la misa. Además de los fieles estadounidenses e hispanos, la diócesis de Orange, cuya sede es la catedral de Cristo, cuenta con la mayor comunidad vietnamita fuera de su país.

Fotos: Marcelo Bruzzi / DC STUDIO



Francisco Tobón



Douglas Esteves

Tarde con María – Copiosas gracias vienen siendo derramadas en las Tardes con María realizadas en numerosos países. En febrero, destacaron los actos desarrollados en Brasil en la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, de Cotia (fotos 1 a 3), y en la iglesia de los Heraldos de Joinville, aún en construcción (foto 5), que contaron con la presencia del P. Ricardo José Basso, EP; así como en la ciudad de Armenia, Colombia (foto 4), con el P. Manuel Rodríguez Sancho, EP.

Esclavos de amor de la Santísima Virgen

Los días 24 de febrero y 2 de marzo, otra tanda del curso de consagración a la Santísima Virgen, de la Plataforma de Formación Católica Reconquista, de los Heraldos del Evangelio, realizó su consagración como esclavo de amor a Nuestra Señora. Las clases de preparación, gratuitas y *on line*, fueron impartidas por el P. Ricardo José Basso, EP, siguiendo el método de San Luis María Grignon de Montfort.

Hubo ceremonias presenciales en veinticuatro ciudades de Brasil. Además, más de diez mil personas siguieron en directo, a través de las redes sociales de los Heraldos, la transmisión de la solemne misa celebrada en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras (Brasil). En las fotos de abajo, aspectos de algunas de estas gozosas ceremonias de consagración.



Caieiras



Cotia



Montes Claros



Maringá



Rio de Janeiro



Juiz de Fora



Ubatuba



Moreno



Cuiabá



Piraquara



Ponta Grossa

Simposios en Carnaval

Cooperadores y amigos de los Heraldos del Evangelio se reunieron durante las vacaciones de Carnaval para participar en retiros y simposios de formación realizados, en su mayoría, en las iglesias y casas de la institución.

Las actividades tuvieron lugar en el oratorio de Nuestra Señora de Fátima, en la capilla de Santa

Inés y en la casa de Nuestra Señora da Procura, de Mairiporã, Brasil; en las ciudades brasileñas de Nova Friburgo, Campos dos Goytacazes, Belo Horizonte, Juiz de Fora, Montes Claros, Piraquara, Lauro de Freitas y Campo Grande; así como en la capital de Costa Rica.

Reproducción



Mairiporã



Juiz de Fora



Nova Friburgo

Jovismar Peixoto

Tatiane de Oliveira



Montes Claros



Belo Horizonte

Eduardo Meira

Aldicio Miranda



Mairiporã



Montes Claros

Tatiane de Oliveira

Eberson Pataio



Campo Grande



Piraquara

William Dobrot



Costa Rica

Victor Serrano



Fotos: Edwin Rosario

República Dominicana – El nuncio apostólico en República Dominicana, Mons. Piergiorgio Bertoldi, celebró el 25 de noviembre una solemne eucaristía en el terreno donde se construirá la iglesia de los Heraldos en esta nación caribeña. Al finalizar la santa misa se procedió a la bendición de la primera piedra.



Jornada Mundial del Enfermo – Las enfermedades a menudo son una ocasión para que la Providencia asocie a sus hijos elegidos a los dolores de la Pasión de Cristo, precio de nuestra Redención. Para fortalecerlos en este camino, los Heraldos del Evangelio se sumaron, el 11 de febrero, a la Jornada Mundial del Enfermo, promoviendo misas con la bendición del Santísimo Sacramento y la unción con los santos óleos en muchos de los lugares donde actúan. En las fotos, celebraciones en la Iglesia de la Madre del Buen Consejo, de Ypacaraí, Paraguay (fotos 1, 2 y 6), y en la parroquia de San Juan Bautista, en Ciudad de México (fotos 3 a 5).

Fotos: Xavier Jacob / Ronny Fischer



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Los monjes son más longevos que los laicos

El Instituto de Demografía de la Academia Austriaca de Ciencias ha publicado los primeros resultados de un estudio cuyo objetivo es definir elementos útiles para tener un «envejecimiento exitoso». Los investigadores, que analizan, basándose en registros de varios siglos, la esperanza de vida en monasterios de Austria y de Alemania, anunciaron que los monjes viven de media cinco años más que los hombres que están «en el mundo».

Según el estudio, la vida monástica con su rutina diaria, alimentación equilibrada, disciplina y ascesis, aliadas a la oración constante, demostró tener un impacto definitivamente positivo en la salud y la longevidad de las personas consagradas. El papel de la solidaridad entre los miembros de la comunidad y la ausencia de picos de estrés también han sido considerados de gran importancia, abriendo una interesante línea de investigación en la búsqueda de mejores condiciones de vida.

Calendario de reapertura de la catedral de Notre Dame

Tras cinco años de reformas, la archidiócesis de París ha anunciado el programa de celebraciones previsto para la reapertura de la catedral de Notre Dame, gravemente dañada en el incendio de 2019.

Como preparación para el evento, la estatua de Nuestra Señora de París regresará al recinto sagrado a finales de noviembre, en una gran procesión popular. Las festividades oficiales co-

menzarán el 7 de diciembre de 2024, con la ceremonia simbólica de transferencia de posesión de la catedral del Estado a la Iglesia Católica, la reactivación del órgano y algunos servicios litúrgicos. La primera misa será el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, con la consagración del altar.

Las celebraciones se prolongarán en la octava, hasta el 15 de diciembre, período en el que se espera la visita de autoridades civiles y eclesiásticas del mundo entero, así como peregrinos y colaboradores que patrocinaron la reconstrucción del edificio.



Sergio Holmann

Las piscinas de Lourdes serán reabiertas

El santuario mariano de Lourdes, Francia, ha anunciado que planea reabrir el acceso a sus famosas piscinas a finales de este año. La piadosa costumbre de bañarse en las aguas milagrosas de Lourdes se vio interrumpida desde el inicio de la pandemia de Covid-19, en 2020, por lo que los fieles, especialmente los enfermos, tuvieron que contentarse estos años con lavarse la cara y las manos, en señal de devoción.

Los trabajos de mejora de las instalaciones y el tratamiento del agua han sido objeto de inversiones, explica el rector del santuario.

La «tierra prometida» de las vocaciones

La isla de Flores, una de las más pequeñas y pobres de Indonesia, es paradójicamente uno de los lugares más fecundos en vocaciones religiosas del mundo. Del millón y medio de habitantes de la isla, el 70% son católicos y los candidatos al sacerdo-

cio llenan cinco seminarios menores, donde hoy hay un total de 500 jóvenes, además de los 400 que estudian en el seminario interdiocesano.

Sólo en la diócesis de Maumere hay unos 200 institutos religiosos, siendo digno de nota que en esta circunscripción eclesiástica se encuentra el seminario más grande del mundo, perteneciente a la Sociedad del Verbo Encarnado, y que en él estudian 1.300 alumnos de distintas congregaciones.

Desmentidos los homicidios en escuelas católicas de Canadá

Un libro publicado recientemente recopila dieciocho estudios de periodistas que desmienten las acusaciones hechas contra la Iglesia Católica en Canadá, en el caso de las supuestas fosas comunes encontradas en un internado católico para niños indígenas en Kamloops. Según la obra *Grave Error: How the Media Misled Us (and the Truth about Residential Schools)*, dirigida por Chris Champion y Tom Flanagan, el descubrimiento de los restos de 215 cuerpos infantiles no es más que una mentira.

El escándalo, promovido en 2021 por un comunicado sobre la ubicación de la zanja gracias a la tecnología de radar de penetración terrestre, desencadenó una furiosa ola de críticas y ataques contra la Iglesia Católica en Canadá, que dejó como resultado un centenar de iglesias quemadas o profanadas en el país. Sin embargo, tras tres años de investigación, no se encontraron ni cadáveres ni indicios de restos humanos.

Campaña publicitaria agradece el papel de los sacerdotes

La Asociación Católica de Propagandistas ha lanzado una campaña para poner el foco en la labor que realizan los sacerdotes por el bien de la sociedad española. Bajo el lema de *Gracias, sacerdotes*, la entidad ha

publicado miles de carteles y un video con palabras de reconocimiento y frases como estas: «Hace más ruido el árbol que cae que el bosque que crece», «Gracias por ser fieles, aunque otros os hagan dudar de vuestra vocación; gracias por ser otro Cristo en la tierra».

Los organizadores pretenden concienciar a la población sobre el importante trabajo de los 15.600 sacerdotes de la Iglesia Católica en España, que a menudo son atacados por los escándalos provocados por unos pocos en el país. La iniciativa se lleva a cabo en más de treinta ciudades, alcanzando espacios públicos, colegios, parroquias y comercios locales.

Imagen permanece intacta tras bombardeo en Ucrania

El mes de febrero estuvo marcado por un recrudecimiento de los combates en la región ucraniana de Kherston. El sábado 17 una bomba impactó en las inmediaciones de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. A pesar de los daños causados en la estructura del templo y en las ventanas, la imagen de la Virgen María permaneció en pie entre los escombros.

«El Señor siempre nos protege», comentó el P. Maksym Padlevski, un sacerdote que decidió afrontar los riesgos de la guerra para no abandonar a sus feligreses y que admira la fe

del pueblo, la cual se ha visto recompensada con hechos como éste.

Irlanda celebra 1.500 años de la muerte de su patrona

El 1 de febrero, Irlanda celebró el 1.500 aniversario de la muerte de Santa Brígida de Kildare, patrona de la nación. Fallecida en el año 524, es considerada por muchos una pionera de la vida monástica femenina en el país, una figura notable por la autoridad que ejerció allí en los primeros tiempos del cristianismo, especialmente por sus fundaciones monásticas y su papel de evangelizadora y pacificadora en la región.

Desde el año pasado, ese día es festivo nacional. Conferencias, peregrinaciones y diversos servicios religiosos formaron parte de las celebraciones, así como la solemne entronización de una de sus reliquias en la iglesia dedicada a ella en Kildare.

Aumentan las vírgenes consagradas en Polonia

Aunque las vocaciones sacerdotales y religiosas están en constante declive en el continente europeo, otra forma de vida consagrada ha aumentado considerablemente en número en las últimas décadas en países como Polonia. Se trata de vírgenes que, sin tener que ingresar en un instituto religioso ni dejar sus tareas y

profesión en el mundo, consagran su vida al servicio de Dios.

El número de estas consagradas asciende a 400 en toda Polonia. Su formación incluye un período de instrucción de tres años antes de la consagración oficial en presencia del obispo local, y algunos retiros espirituales anuales, que ayudan a fortalecer los vínculos de unión que deben tener con Nuestro Señor Jesucristo.

Sigún afirma el director para los Institutos de Vida Consagrada de la archidiócesis de Varsovia, este florecimiento puede verse como un auténtico llamamiento de la Providencia a dar testimonio de la fe en una sociedad secularizada y alejada de Dios.

Prohibido el uso de móviles en las escuelas italianas

Siguiendo una reciente recomendación de la Unesco, el Ministerio de Educación italiano ordenó la exclusión de los teléfonos inteligentes y las tabletas de las aulas del país, incluidos aquellos utilizados con fines didácticos.

La normativa abarca desde la Educación Infantil hasta la Formación Secundaria, con el objetivo de reducir el impacto de las nuevas tecnologías en las capacidades cognitivas de los estudiantes. Se seguirán publicando directrices para el correcto funcionamiento de la medida.



Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano





El jardín de la Santísima Virgen

Cuanto más exigente era el proceso, con más desvelo trataban a la florecilla. Los dos jardineros querían lo mejor para ella.



Isabela Obrzut Corbetta

Cierta día, una dama, llamada Genoveva, paseaba por el jardín de la reina. Observaba las flores que allí crecían y encontró en ellas una armoniosa variedad: maravillosos rosales castellanos, lirios cuya blancura se asemejaban a la nieve, margaritas doradas como el más noble metal, tulipanes de un rojo brillante como el rubí, violetas más hermosas que la amatista, orquídeas aterciopeladas. ¡Le encantaba todo! Sin embargo, su principal atención recayó en una pequeña flor que, en sí misma, no presentaba nada de interés. Pero eso fue precisamente lo que la enterneció...

Llevada por un amor desinteresado hacia su soberana, la noble se ofreció a trabajar en la jardinería:

—Majestad, tengo años de experiencia con todo tipo de plantas. Permítame cuidar este terreno, a fin de que florezca más esplendorosamente en vuestro honor.

—Mi fiel vasalla, ¿cómo puedo retribuir tu generosidad?

—Oh, no os preocupéis. Para mí, demostrar mi veneración por vos es la mejor dádiva que podría recibir.

¿Permitís que Tomás, mi hijo, me ayude en esta tarea?

—Dejo mi jardín en tus manos. ¡Haz lo que quieras!

La jardinera y su hijo se pusieron manos a la obra inmediatamente, sin escatimar esfuerzos para algún día presentarle a la reina un magnífico jardín. Por mucho que todas las otras flores destacaran en hermosura, sus corazones se dirigían hacia aquella florecilla aparentemente insignificante. Cuando Genoveva la veía siempre pensaba: «¿Le gustará a nuestra monarca? Quién sabe si incluso formaría parte de un arreglo para un día especial. He de cultivarla con esmero. Este trabajo no será fácil, pero si ella acepta mis cuidados, más de la mitad del camino ya habrá sido recorrido».

En primer lugar, la hidalga tuvo que sacarla del sitio donde se encontraba plantada, pues el terreno no poseía los minerales adecuados. Con suma delicadeza cavó alrededor de la plantita. No obstante, como estaba muy apegada a su «tierrcita», cuando fue arrancada, parte de sus raíces quedaron bajo tierra, causándole no poco dolor. Sin embargo, esas mis-

mas manos que supieron extraerla, la depositaron suavemente en terreno fértil y saludable. Tras la dolorosa operación, Genoveva y Tomás notaron en poco tiempo los primeros resultados: el follaje y los pétalos, antes tan pálidos, se llenaron de vigor.

Pero el proceso no terminó ahí: incluso en suelo beneficioso, enemigos ladinos —las plagas— empezaron a corroer el tallo de la frágil planta. Preocupada, la dama aplicó hábilmente un remedio que no era nada endulzado y que, para la florecilla, constituía una auténtica amargura. Pero, como se dejó tratar, aquella sustancia desagradable la robusteció.

—Mira, mamá, ¡qué progresos estamos teniendo! —señaló Tomás.

—Sí, hijito, pero aún no hemos llegado hasta el final.

Una sequía que duró varios días asolaba la región. El tórrido sol quemaba hasta socarrar parte del follaje de las plantas. No obstante, la mujer sabía cuán necesario era dejar que su pequeña se beneficiara de los rayos del astro rey. Entonces cogió una regadera y una sombrilla. Su hijo la siguió. Los dos, bajo el calor sofocan-

te, amenizaron la «dura aridez» de la plantita con la refrescante agua. Y Tomás la cubrió parcialmente, para poder protegerla de los rayos solares en las horas más peligrosas.

Debido a la reseca, se habían formado unas cicatrices en los pétalos y en las hojas. Por eso Genoveva tuvo que podar las ramitas secas y los pétalos dañados. Durante esta operación le orientaba a su hijo:

—Tomás, si no las cortara, estas hojas secas robarían en vano la savia que debe revitalizarla por completo.

Pasaron las semanas. Madre e hijo regaban el jardín a diario y abonaban la tierra de vez en cuando. Pero su preferencia era quien ya sabemos.

Un día, mientras examinaban las otras plantas, una bandada de pájaros se acercó a aquella florecilla. Inmediatamente corrieron a expulsarlos. Una vez terminada la «guerra», comprobaron los estragos y heridas que dejó el ataque. Sorprendidos, constataron que su valiente flor no se había dejado vencer; solamente su tallo estaba algo roto y torcido. Tomás entonces decidió:

—Mamá, le voy a atar un palo que le sirva de apoyo, para que se recupere pronto.

Y la amarró a una estaca.

Hasta ese momento, la flor nunca había estado sola en sus horas de peligro. Finalmente, se le presentó una situación habitual en la vida: la tormenta.

El cielo se oscureció de repente: fuertes vientos, rayos y una lluvia torrencial cayeron sobre el campo. Genoveva y el niño tuvieron que refugiarse en su casa. Tenían muchas ganas de socorrer a la florecilla, pero las circunstancias no se lo permitían. Sin embargo, el corazón generoso —o más bien,

maternal— de Genoveva no dejó de seguir desde la ventana el «combate» que libraba su pequeña guerrera: vientos impetuosos sacudían el jardín real y las gotas de lluvia caían como cuchillas. La procela fue terrible...

En cuanto pudieron, la jardinera y Tomás salieron al encuentro de la pequeña. Por el camino vieron despedazados los lirios y los rosales castellanos; incluso los árboles más robustos parecían soldados que regresaban del campo de batalla.

La florecilla estaba un poco desfallecida y sin fuerzas, pero en pie, gracias al palito que le había puesto Tomás. Con gran alegría, el niño le dijo a su madre:

—A esta simple flor podemos aplicarle el elogio de las Escrituras: «débil, pero fiel» (cf. Ap 3, 8).



A esta florecilla podemos aplicarle el elogio de las Escrituras: «débil, pero fiel!». Su historia es similar a la de las almas elegidas, que florecen en el jardín de la Virgen. ¿Es también su historia, querido lector?

Entonces, un líquido misterioso empezó a gotear sobre la plantita. ¡Y una nueva vida le fue infundida! Sus raíces, inconstantes e inseguras, se fortalecieron; su tallo y hojas, llenos de imperfecciones, adquirieron un verdor similar al color de la esmeralda; su perfume, antes tímido, se extendió por todo el jardín; sus pétalos, pequeños y ásperos, crecieron y se volvieron aterciopelados como la piel del armiño. ¡Oh, qué cambio tan sorprendente! En unos instantes, ¡se convirtió en una de las flores más hermosas de los campos reales! ¿Qué líquido era ése? Se trataba de las preciosas lágrimas de la jardinera.

La flor fue puesta entonces en un jarrón y obsequiada por Genoveva y Tomás a la soberana, con motivo de su cumpleaños.

* * *

Ésta no es la historia de una simple flor, sino de las almas elegidas.

Tiene lugar en el jardín de Nuestra Señora, donde hay estupendas flores, robustas por naturaleza, pero también innumerables florecillas débiles. El amargo remedio que reciben contra sus miserias se llama *corrección*, la cual produce frutos dulces y saludables en el alma de quien la acepta. Y el asta que sustenta en la tormenta se llama *confianza*.

¿Qué sería de las almas si no hubiera esmerados jardineros que cuidan de ellas a fin de obsequiárselas a la Santísima Virgen? Genoveva y Tomás representan a aquellos cuya misión es formar y educar a otros. Seamos, pues, flexibles a la voz de la Reina del Cielo que nos habla a través de quienes nos guían. ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Beato Juan Bretton, mártir (†1598). Padre de familia ejecutado en York, Inglaterra, durante el reinado de Isabel I, por su perseverancia en la fidelidad a la verdadera Iglesia.

2. San Francisco de Paula, eremita (†1507 Plessis-les-Tours, Francia).

Santo Domingo Tuoc, presbítero y mártir (†1839). Sacerdote dominico martirizado en la persecución religiosa de Vietnam.

3. San Ricardo de Chichester, obispo (†1253). Desterrado por el rey Enrique III y restituido después en su sede, se dedicó con generosidad en el socorro a los pobres.

4. San Platón, abad (†814). Superior del monasterio de Sakkudión, Bitinia, luchó enérgicamente contra los iconoclastas, opositores al culto de las sagradas imágenes.

5. San Vicente Ferrer, presbítero (†1419 Vannes, Francia).

Santa Catalina Tomás, virgen (†1574). Habiendo ingresado en la Orden de Canonas Regulares de San Agustín en Palma de Mallorca, España, destacó por su abnegación e indiferencia hacia sí misma.

6. San Filarete, monje (†1070). Aunque nació en un ambiente musulmán, supo seguir la verdadera fe y dedicarse a la oración. Murió en el monasterio de San Elías, en Calabria, Italia.

7. II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia.

San Juan Bautista de la Salle, presbítero (†1719 Ruan, Francia).

San Aiberto, presbítero y monje (†1140). Recitaba el sal-

terio todos los días junto al monasterio de Crespin, Francia, y administraba el sacramento de la Penitencia a los pecadores que acudían a él.

8. Solemnidad de la Anunciación del Señor (trasladada del día 25 de marzo).

Santa Julia Billiart, virgen (†1816). Fundó la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de Namur y propagó ardientemente la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

9. Beata Margarita Rutan, virgen y mártir (†1794). Religiosa de las Hijas de la Caridad, guillotina durante la Revolución francesa.

10. San Beda el Joven, monje (†c. 883). Después de servir a los reyes de la tierra durante muchos años, pasó el resto de su vida al servicio del Señor, en un monasterio de Gavello, Italia.



Reproducción

Santa Bernadette Soubirous

11. San Estanislao, obispo y mártir (†1079 Cracovia, Polonia).

Beata Sancha de Portugal, virgen (†1229). Hija del rey Sancho I, renunció a los bienes terrenales y se consagró a Dios en el monasterio cisterciense de Celas, fundado por ella cerca de Coímbra.

12. San Alferio, abad (†1050). De noble familia italiana, se hizo monje y fue discípulo de San Odilón en Cluny. Posteriormente, fundó en la Campania un monasterio que desempeñó un importante papel en la reforma monástica.

13. San Hermenegildo, mártir (†586 Tarragona, España).

San Martín I, papa y mártir (†656 Quersoneso, Ucrania).

Beato Escubilión Rousseau, religioso (†1867). Ingresó en el Instituto de los Hermanos La-sallistas y, después de diez años educando a los niños en escuelas de Francia, pasó el resto de su vida como misionero en la isla La Reunión, en el océano Índico, instruyendo en la fe a los esclavos.

14. III Domingo de Pascua.

Santa Liduina, virgen (†1433). En Güeldres, Países Bajos, por la conversión de los pecadores y la salvación de las almas, soportó con paciencia los sufrimientos corporales que la afligieron durante toda su vida.

15. San Ortario, abad (†s. VI). Llevó una vida de austeridad y oración en el monasterio de Landelles, Francia, y fue asiduo en la asistencia a los pobres y enfermos.

16. Santa Bernadette Soubirous, virgen (†1879). Tras ser favore-

cida con las apariciones de la Santísima Virgen en Lourdes, Francia, ingresó en la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Nevers, donde fue modelo de humildad.

17. San Roberto de Molesmes, abad (†1111). Fundador de la abadía de Cister, Francia, casa madre de la Orden Cisterciense.

18. Santa Antusa, virgen (†s. VIII). Siendo hija del emperador Constantino Coprónimo, supo emplear todos sus bienes para ayudar a los pobres, redimir a esclavos, restaurar iglesias y construir monasterios, recibiendo el hábito religioso de manos del obispo San Tarasio.

19. San Geroldo, eremita (†c. 978). Miembro de una noble familia de Sajonia, llevó una vida de penitencia y oración en la región de Voralberg, en los Alpes de Baviera.

20. San Aniceto, papa (†c. 166). Recibió como huésped a San Policarpo de Esmirna, para tratar juntos acerca de la fecha de la Pascua.

21. IV Domingo de Pascua.

San Anselmo, obispo y doctor de la Iglesia (†1109 Canterbury, Reino Unido).

San Román Adame, presbítero y mártir (†1927). Ejerció clandestinamente su ministerio sacerdotal hasta que fue descubierto y fusilado en Nochistlán, México.

22. Santa Oportuna, abadesa (†c. 770). Hija del conde de Exmes, gobernó el monasterio benedictino de Almenêches, Francia.

23. San Jorge, mártir (†s. IV Palestina).



San Rafael Arnáiz

San Adalberto, obispo y mártir (†997 Tenkitten, Rusia).

Beata Elena Valentini, viuda (†1458). Tras la muerte de su marido, se hizo terciaria agustina, dedicándose a la oración, la lectura del Evangelio y las obras de misericordia.

24. San Fidel de Sigmaringa, presbítero y mártir (†1622 Seewis, Suiza).

Santas María de Cleofás y Salomé. Junto con Santa María Magdalena, se dirigieron muy temprano el día de Pascua al sepulcro del Señor para ungir su cuerpo, y recibieron el primer anuncio de la Resurrección.

25. San Marcos, evangelista.

Santa Franca de Piacenza, abadesa (†1218). Superiora del monasterio cisterciense de Montelana, Italia, pasaba noches enteras en oración.

26. Nuestra Señora del Buen Consejo.

San Isidoro, obispo y doctor de la Iglesia (†636 Sevilla, España).

San Rafael Arnáiz Barón, religioso (†1938). Monje de la Orden del Cister que, siendo novicio, enfermó gravemente y con gran paciencia soportó su precaria salud.

27. Beata María Antonia Bandrés y Elósegui, virgen (†1919). Religiosa española de la Congregación de las Hijas de Jesús. Edificó a todos por la fe y la serenidad de espíritu con la que afrontó la inexorable enfermedad de la que murió a los 21 años.

28. V Domingo de Pascua.

San Pedro Chanel, presbítero y mártir (†1841 Futuna, Oceanía).

San Luis María Grignon de Montfort, presbítero (†1716 Saint-Laurent-sur-Sèvre, Francia).

Santa Juana Beretta Molla, madre de familia (†1962). Médica pediatra, prefirió morir antes que abortar, salvando la vida de su cuarto hijo.

29. Santa Catalina de Siena, virgen y doctora de la Iglesia (†1380 Roma).

San Acardo, obispo (†1172). Superior de la famosa abadía de San Víctor, París, fue elegido obispo de Avranches. Escribió varios tratados de vida espiritual.

30. San Pío V, papa (†1572 Roma).

Beato Pedro Levita, diácono (†605). Designado por el papa San Gregorio Magno para administrar el patrimonio de la Iglesia de Roma, supo hacerlo con prudencia y sabiduría.

Reproducción

Inefable presencia

Quiso la Providencia que una representación arquetípica de Dña. Lucilia transmitiera su sonrisa y su mirada, rebosante de cariño, al necesitado de amparo. Ésta es su historia.



✎ Carolina Fugiyama Nunes

Hay ciertos lugares en la tierra que, por misterioso designio de la Providencia, quedaron indeleblemente marcados por los hombres. El visitante que por ellos pase sentirá, en el calor de las piedras, en el balanceo de los árboles e incluso en la sombra que su figura proyecta sobre el suelo, algo de las bendiciones y luces divinas que inundaron a las almas virtuosas que allí vivieron y sufrieron...

Al conocer el famoso Coliseo romano, por ejemplo, donde el polvo de los siglos ha sido incapaz de borrar la gloriosa memoria de la sangre de los mártires, muchos veneran con entusiasmo y llenos de respeto las piedras que presenciaron la magnífica y trágica ascensión al Cielo de tantos justos.

¡Cuántos lugares marcados por el sufrimiento de los elegidos no hay por el mundo! La casa de Dña. Lucilia es uno de ellos. Ambiente aristocrático, pero discreto, impregnado de las glorias del pasado y portador de insospechadas maravillas para el futuro, quien allí entra tiene la impresión de penetrar en el corazón de Dña. Lucilia, aunque ya no la encuentre ahí físicamente...

No obstante, más que de entre las benditas paredes de su hogar terrenal, ha querido hacerse presente a los su-

yos en un sencillo objeto, en el que, desde la eternidad, como que se dejó «fotografiar». Ésa es la realidad que se muestra en el llamado *Quadrinho* —en español, «cuadrito».

Se trata de una pequeña pintura al óleo, realizada —a partir de algunas de sus últimas fotografías— por un entonces joven discípulo¹ del Dr. Plinio. El resultado no satisfizo del todo al aún inexperto artista, aunque, tras meses de dudas, decidió enviárselo como regalo a su padre espiritual.

Por una misteriosa acción de la gracia, a éste le gustó mucho el cuadro. Asombrando al propio autor, quien posteriormente no reconocía su obra, el Dr. Plinio confirmó que expresaba fielmente los rasgos y el espíritu de su extremosa madre.

De hecho, ¿cómo no conmovirse ante tan tierna figura, que esparce un halo de luz plateado-lila a su alrededor?

Al igual que los variados matices del atardecer dibujan una fantasía única en el cielo, así en la fisonomía retratada en el *Quadrinho* se percibe un *unum* de virtudes de una dama católica unidas a los atributos propios de una verdadera madre: fe inquebrantable, integridad y firmeza de principios, generosidad desinteresada, bondad sin

límites, majestad y señorío, extremos de maternidad, comprensión, compasión... Está representada en una acogedora simplicidad, que hace sentir la intimidad de su trato.

El cariño de su mirada aterciopelada es un ungüento para el alma afligida y sufriente. Cualquier desventurado que se acerque a ella encontrará invariablemente una buena acogida, por peor que sea el caso o por más tenebrosa que se presente la situación. Su sonrisa continua revela la capacidad de obtener del Sagrado Corazón de Jesús el perdón misericordioso para el pecador, y confiere consuelo en el dolor, fuerza en las pruebas, seguridad en la incertidumbre, calma, serenidad, paz, resignación...

Dña. Lucilia refinó sus más nobles virtudes en una vida acompasada y ordenada según Dios, en el doloroso aislamiento de una vida ajena al bullicio del mundo revolucionario; siempre permaneció dueña de sí, convencida de su posición en el bien, como piedra firme contra la que rompían las olas de los bruscos cambios sociales de su tiempo. Todo pasó, ella quedó. Sin embargo, no como una figura de tiempos remotos, sino como una dama-símbolo de una época histórica que aún está por llegar.

«No se enciende una lámpara para meterla debajo del celemin» (Mt 5, 15). Dios, que hace brillar en el cielo a tantas estrellas, sabe el momento adecuado para glorificar a sus justos en el firmamento de la historia. He aquí, pues, en esta fisonomía, una luz: ¡Lucilia! Innumerables testimo-

nios demuestran cómo ella ya está cintilando en el interior de los corazones, como un verdadero eslabón luminoso que une a sus devotos con la Virgen y el Sagrado Corazón de Jesús. ✧

¹ Hermelino Busarello, fallecido el 15 de abril de 2020.

El «Quadrinho» en el despacho del Dr. Plinio



Eje y modelo de todo afecto

El afecto de Dña. Lucília para con los demás tenía como modelo al Sagrado Corazón de Jesús. Y el corolario de ese afecto era la abnegación, la renuncia de uno mismo en favor de la persona a la que se quiere mucho.

Muy razonablemente, muy católicamente, veía en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones, el eje mismo y el modelo perfecto de todo afecto. Es decir, querer mucho es como el Corazón de Jesús nos ama a cada uno de nosotros; quererle mucho es amarlo con un amor que es el símil —guardada la proporción— del amor que Él nos tiene.

En eso consiste la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, la cual realiza, así, el proceso, el periplo, el circuito entero del alma humana.

Plínio Corrêa de Oliveira